1ª Edic.

MANUEL GONZÁLEZ

:: OBISPO DE MÁLAGA ::

Artes

para ser apóstol

como Dios manda



1928

EL GRANITO DE ARENA

MÁLAGA

6

ARTES

PARA SER APÓSTOL COMO DIOS MANDA

Artes para ser Apóstol como Dios manda

¿ARTES...?

Vacilante he andado, queridos amigos, en llamar así o *Apostolados menudos* a secas, esta segunda parte del librejo mío que por esos mundos de Dios vuela con este segundo título, y aunque me he decidido por el primero, no quiero sentarle partida nueva de bautismo ni separarlo de su padre, que tal proceder no sería de cristiano ni de bien nacido.

No temáis, sin embargo, que al preferir para el hijo ese título de *Artes...* que huele a algo de industria o apaño humanos, he olvidado lo sobrenatural de los principios, medios y fines del apostolado en que tanto y tan machaconamente insistió el padre y que, por consiguiente, os vaya a dar en el presente unas recetas de polvos de *Madre Celestina*, o de condumios de *Fierabrás* para obtener infaliblemente toda suerte de triunfos apostólicos y deshacer todo encantamiento o mala ventura del enemigo de todo apostolado, el demonio.

Tampoco cuquerías

Y con toda la prisa que me permita la agilidad de mi pluma, salgo al encuentro del reparo que pudie-

ra venir a las mientes de algún curioso lector, es a saber: que el arte o las artes que aquí trato de encarecer para atraer y ganar almas no tiene el menor sabor a *cuquerías* interesadas o a medros personales mal avenidos con la lealtad y desinterés que deben brillar en las obras y en la intención de todo buen apóstol, chico o grande, de Jesús.

Ni cucos, ni bobos

No, no, amigos queridos, yo no quiero devotos *cucos* para lo suyo ni para lo ajeno; pero tampoco quiero devotos *bobos* que no sepan por donde andan ellos ni por donde vienen sus enemigos.

Quiero apóstoles, sean sacerdotes o seglares, condimentados con la *sencillez* de la paloma y la *prudencia* de la serpiente, como los quería el Maestro, porque sólo cuando tienen el condimento en punto, están en condiciones de practicar las difíciles *artes* del apostolado.

Arte de artes

Si San Gregorio el Grande llamó Arte de artes el gobernar a las almas y todo arte por desmedrado fin que tenga exige aprendizaje, ¿cómo no lo ha de exigir el arte de las artes de arrancar almas y pueblos de las garras del demonio, del mundo y de la carne, entregárselas a Dios y conservarlas a El unidas, que es toda la obra del apostolado católico?

Escuelas de Bellas Artes abren por doquier los

Estados modernos para enseñar artes, que por muy bellas que sean, tienen fines humanos.

¡Vaya si hacen falta aprendizaje y escuelas para el arte, el más bello y bueno y alto de todos los artes, del apostolado!

¿Pero hay artificio al que no hayan echado mano los enemigos de Dios y de las almas para atraer y retener a estas en frente de Aquel?

¿Qué resorte de arte, de ciencia, de pasión, de placer, de vanidad, de comodidad, de ilusión, dejan de tocar para atraer y aprisionar y enloquecer a las almas?

¿Por qué los amigos de Dios y de las almas no han de poner en juego, para impedir y destruir aquella acción, juntamente con los auxilios sobrenaturales de fe, gracia y caridad, todos los naturales de talento, ingenio, imaginación y toda clase de influjo humano honrado?

¡Plegue al Espíritu Santo, que debe ser el único espíritu de todo apóstol, echar a volar con un soplo suyo estas paginillas para que produzcan muchos *apóstoles con arte* y *muchos artistas del apostolado...!* ¡y no como los forja el falso celo del amor propio...! sino *¡como Dios manda...!*

I

Arte de sacar partido apostólico de todo

Un ejemplo

de este arte, aunque en otra esfera de acción, explicará mejor que una definición de escuela lo que yo entiendo por él.

Lo tomo de la vida de las Hermanitas de los Pobres. Visitad cualquiera de sus casas y uno de los pormenores que os interesará más agradablemente será la falta de *uniforme* de asilo.

Allí veréis ancianos vestidos con los trajes más variados: desde la correcta levita y el atildado chaleco de piqué hasta la blusita modesta del artesano, desde la empingorotada chistera o empinado *bombín* de la *penúltima* moda hasta el gorro de dos picos de los quintos del tiempo de Castelar.

Y lo propio digo de las ancianas: un pintor de costumbres puede sacar de ellas modelos de todas las vestimentas y modas de un siglo para acá.

¿El secreto?

La caridad ingeniosa de las Hermanitas, que sabe a las mil maravillas el *arte de sacar partido* de las prendas usadas, pasadas de moda, o retiradas de la circulación por cualquier motivo, que les dan

sus bienhechores, para elaborar con ellas esa variada indumentaria de sus ancianos y saciar de esta suerte el deseo muy legítimo de cada cual de vestir como siempre vistió, y, si cabe, un poquito mejor.

¡Cuántas veces he presenciado gozando esas transformaciones de prendas y de personas!

Que no solamente con este arte *sacan partido* las Hermanitas de los trapos, sino del carácter y del espíritu del ataviado con ellos.

¡A cuántos ancianitos y ancianitas muertos en sus ilusiones y en su espíritu he visto *resucitar* con sólo pasear y lucir esas *galas*, recuerdo, y en la apariencia al menos, continuación de tiempos mejores!

La aplicación

Hagamos eso mismo en favor de las almas.

Pongamos los apóstoles grandes y chicos a contribución y hasta en aprieto las sutilezas de nuestro ingenio, las delicadezas de nuestra caridad y los resortes de nuestro celo a fin de sacar partido en favor de nuestras ovejas de todo lo que nos rodee.

Toda persona, todo acontecimiento y toda cosa que de algún modo nos atañe, por muy malos que sean o se presenten, siempre tienen algo bueno, o al menos algo aprovechable.

¡Qué campo tan dilatado se abre ahí a la práctica de ese arte!

¡Qué fecunda labor para el celo de un apóstol, de un Párroco! Sacar partido en favor de las almas lo mismo de la generosidad de sus feligreses que de

su tacañería, de su buen genio como de su mal humor, de sus adhesiones como de sus rebeldías, de sus riquezas como de su escaceses, lo mismo del buen tiempo como del malo, de la guerra como de la paz, de los triunfos como de las derrotas, de las caras buenas como las de perro....., de todo.

¡Feliz el Apóstol que hace de su celo varita mágica que saque bienes de las cosas malas!

Y no creed, amigos míos, que esté soñando en cuentos de encantamientos, que estoy hablando de cosas reales y verdaderas que nosotros los hombres de las almas, podemos obtener si queremos de verdad... ¿Que cómo?

El modo

Los ingredientes que, según mi pobre caletre, disponen a las mil maravillas para el recto ejercicio de ese arte son los siguientes:

Límpiese el *recipiente* de todo *amor propio*, y de sus raicillas y frutos, como dureza de juicio y de corazón, rarezas, caprichos, exagerado apego de la propia dignidad, de los cuartos y de los derechos, celos, etc., etc.; métase en la cabeza, y bien metido, este principio de S. Pablo: *Diligentibus Deum, omnia cooperantur in bonum;* (para los que aman a Dios todo se convierte en bien), métase muy adentro del corazón aquel otro de Ntro. Señor Jesucristo: *Bonus pastor animam suam dat...* (El buen pastor da su vida por sus ovejas), con la traducción legítima de que si debe darse la vida, que es

lo más, deberán darse el trabajo, el sudor, el ingenio, el dinero, la paciencia, la buena cara, el buen modo, que es lo menos; póngase de espuelas a la voluntad el *posui vos, elegi vos, ut eatis...* (Yo os puse, os elegí, para que vayais), avivese la esperanza con el *confidite, ego vici!...* (Confiad, yo vencí el mundo), arrímense todas las dudas, vacilaciones, decaimientos, frialdades, desencantos, pesimismos al calor y a la luz del *omnia possum in eo!....* (todo lo puedo en El), tómese por norma única de procedimiento el *omnia omnibus factus* (hacerse todo para todos) y hágase circular por el alma y los nervios y la sangre el *aire de la Hostia callada*, de la Misa y del Sagrario, y todo esto, reunido en un operario evangélico, hará de él

El gran artista

1.° Con valor para todo.

2.° Que en definitiva vence siempre.

3.° Que siendo pobre, enriquece a muchos; siendo cordero, domina a los lobos; viviendo entre angustias, reparte consuelos; siendo flaco, confunde a los fuertes.

4.° Que cuando todos se van para no volver, él siempre se queda.

Y 5.° Que nunca está más cerca del triunfo, que cuando está más clavado en la cruz o más guardado por sus enemigos en el sepulcro.

¿No es ese el sacerdote y no es esa su obra cuando tiene fe en su sacerdocio? ¿no es ese el apóstol?

Tan cierto es eso, que hasta nuestros adversarios lo afirman, si nó con sus palabras, que a tanto no se atreven, al menos, con sus obras.

¿Cómo? Con su odio al sacerdote y al apóstol: ese odio que no se parece a ningún otro odio de los que se guardan los hombres, que es un odio *sobrehumano*, más que odio es *miedo* al poder del sacerdote, es la *fe* de los demonios en la invencibilidad del sacerdote y de los que de algún modo participan de su apostolado...

¿Quién podrá contra él?

¿Y no es cosa triste que hombres que pueden tanto se acobarden o se enfurezcan, se retiren, o se desesperen, porque un pobre monterilla o un pobre escritorzuelo lo haga blanco de sus furores o denuestos, o porque un pobrecillo señorón o señorona le amenacen con retiro de sus favores, o porque unos pobrecillos, más ignorantes que malos, lo tomen a burla y a chacota, o porque el pobrecillo rebaño de la Parroquia se obstina en no venir y en quedarse lejos?...

¿No creéis que sería más práctico, seguro y eficaz, que ese afligido hermano *dejara pasar la hora de los pobrecillos* que ciertamente pasará y esperara en paz, *la hora de Dios*, que infaliblemente llegará?

Y no ciertamente allá sólo en el día del juicio, sino antes, aquí en la tierra, en el mismo lugar de los agravios y de las humillaciones y de las esterilidades aparentes, vendrá esa *hora de Dios*, que es la hora del triunfo de sus Ministros.

La fórmula

de *este arte de sacar partido* de todo podría ser: si las personas o cosas, que me afectan, son *malas* o *indiferentes*, procuraré aprovechar lo *bueno* que tengan, que siempre algo tendrán, y con mi trabajo, industria y confianza en el Corazón de Jesús que se hagan buenas; si son *buenas*, contaré que, aun así, tienen su parte flaca por ser humanas, y por lo tanto, aguantaré ésta y aprovecharé lo *bueno*. Y en todo caso por *lo menos*, sacaré estos *tres partidos buenos:* un *poquito* de gloria a Dios, otro *poquito* de bien para mi alma y otro, a pesar de ellas mismas, para las almas por las que he trabajado.

¡En el servicio de Dios y de las almas, nunca se trabaja en vano!

II

Arte de hacer la guerra apostólica en paz

¿Sabéis lo que quita a los apóstoles grandes y menudos la paz y los cruza de brazos, y los envuelve en el más agrio y negro pesimismo y frustra por consiguiente todo el *buen partido* que podrían sacar de las circunstancias de que Dios los rodea?

Quiero señalar singularmente:

El mal de la prisa

Sí, parece por nuestras inquietudes por el buen éxito, y nuestros miedos al fracaso, tenemos más prisa que Dios en salvar las almas e impedir el mal de estas, y en traer su reinado a la tierra.

Creedme, que habría mucho que escribir, y que hablar *del mal de la prisa*.

Y ahí está la explicación de muchos fracasos de excelentes proyectos y de gestiones por otra parte muy laudables.

Buena lección sobre ese mal nos dá el Evangelio de la *cizaña*.

¿Recordáis la *prisa* inconsiderada de los operarios en arrancarla y la *calma prudente* del Amo en

dejaría crecer hasta la siega, no ciertamente por amor a la cizaña sino al trigo?

Y a propósito de este Evangelio, que yo llamaría fundamental de la vida apostólica ¡qué poco lo meditamos los apóstoles! y por esto ¡cómo se nos achican los horizontes y encoge el corazón!

A estas prisas, *no en el trabajar*, que en esto no cabe tasa, *sino en el esperar*, hay que atribuir no poco malogro de fruto, de trabajo, de sacrificio y hasta de gracia de Dios.

En cambio a los que esperan sin prisa, a los que como los buenos Israelitas hacen *la guerra en paz* ¡qué sorpresas tan agradables les reserva el Señor de conversiones inesperadas, de trueques imprevistos, de facilidades no soñadas, de auxilios no vistos venir, de triunfos reales hasta entonces imaginarios!....

¡Dios mío, Dios mío, qué cerca y qué bueno se te siente en esos momentos!

Y no vayais a creer que son raros esos regalos o que los reserva el Amo para el día de la siega total o sea el día del juicio, no, amigos, que entra muy dentro de sus planes de gloria para El y de salvación para las almas, hacer sentir con frecuencia en la tierra, que *El es Dios* y que *El está con sus apóstoles*.

¡Apóstoles de Dios! Razón tienen para temerte los amigos del demonio tanta como sinrazón para desanimarse y acobardarse los que llevan esa altísima representación!

Contra esa prisa por el fruto que impacienta, des-

consuela, desanima, entristece y seca sea nuestra consigna: *trabajar a prisa pero sin precipitación y esperar en paz.*

Y dejad que los de enfrente y quizás los mismos de casa os llamen *loco* o *cuco;* que el Angel de vuestra guarda os llamará delante de Dios con vuestro nombre propio, de apóstoles buenos de Jesús.

Remedios al mal de la prisa

Al apuntar el nombre y la existencia de un mal en el que, muy pocos paran mientes jamás, el *mal* de la *prisa*, tengo, como vulgarmente se dice, tela cortada para rato.

¡Hay tanto que hablar de ese mal o enfermedad en que por igual caen o están expuestos a caer los operarios de la Viña del Padre celestial tanto los activos como los perezosos!

Sí, amigos míos, unos y otros; los activos porque confunden frecuentemente la actividad con la precipitación, y los perezosos, porque quizás el afán de acabar pronto para descansar más, o el empeño de cohonestar ante ellos mismos su indolencia con una actividad que les cueste poco, les hace acometer a la par, con prisa desmedida, muchas obras para no acabar ninguna.

Creedme, aunque os parezca una paradoja, con ser tantos los estragos que en los *activos* hace la prisa, los hace mayores entre los *perezosos*.

Conozco varios remedios y todos contrastados por la experiencia ajena o propia.

Expondré el en que tengo más confianza y el

que positivamente, cortando el paso a la prisa, robustece y multiplica la actividad, perfumándola por añadidura con las ricas esencias de una inalterable paz.

Mi teoria

Todos los Sacerdotes y hombres de acción somos *operarios* destinados por misericordioso designio del Padre de familias a cultivar su heredad, que son las almas, empezando por la nuestra, y la Iglesia.

En esa heredad, a usanza de todos los campos, se puede trabajar por uno de dos procedimientos: *a jornal* o *a destajo.*

Los que entienden en estos achaques agrícolas, a pesar de la antigüedad de estos usos, no se han puesto aun de acuerdo sobre qué modo es más conveniente tanto para el amo como para el obrero.

No me toca a mí dirimir esa contienda, pero sí tener para mi gobierno y decíroslo por si lo queréis tomar para el vuestro, que al Amo nuestro y a nosotros y a la heredad misma le trae más ventajas el trabajo a *jornal que el por cuenta* o *a destajo.*

Cierto que éste con la ganancia de mayor lucro y de más pronto descanso, despierta y desarrolla más vivamente el interés y la actividad del obrero, pero, aparte de que este interés y afán por hacer mucho en poco tiempo no siempre andan a la par con la buena calidad del trabajo realizado, envuelven también el peligro de separar con incomunica-

ción de egoismo al obrero del amo y a éste de aquél.

Toda la relación de un amo con un destajista suyo es esta: ajustar el precio y pagarlo; y toda la relación de éste con aquél es: cobrar su ajuste y..... volver las espaldas.

Cierto también que el *jornalero* está más tentado, por la seguridad de su jornal, *a dejarse ir* o *a hacer que hace* y de esta manera sacar su salario con poco esfuerzo propio y harto daño de la heredad; pero ¿no está salvado o contrarrestado este peligro, supuesta desde luego la buena voluntad de ambos, con la ventaja para el obrero de ganar su jornal con el trabajo que *buenamente* puede dar en la jornada y con la satisfacción para el patrono de verse servido cada día en la manera que mejor va conviniendo a su finca?

La aplicación de la teoria

Supongo desde luego en el espiritual operario *intención recta,* o sea, de trabajar por Dios o por la paga que da.

Trabajar en nuestro ministerio a *destajo* o *por cuenta* es tomar por *fin inmediato* del trabajo el hacer *obras completas;* (luego explicaré lo que entiendo por esto). Trabajar *a jornal* es hacer cada día y cada hora lo que el Amo nuestro nos va pidiendo sin preocuparnos de la *obra total* y sin pretender otro salario que el de verlo contento.

La diferencia principal entre uno y otro modo de

trabajar, más que en la *obra* exterior, está en el modo de verla y de orientarla.

Uno y otro operario mira a Dios, es verdad, pero a *distinta distancia;* mientras el *destajista* lo mira cada *temporada*, o sea, cuando acaba la *obra contratada*, el *jornalero* lo mira no sólo cada día, sino *cada hora* para ir recibiendo de esa mirada la dirección del trabajo que hay que hacer y la aprobación del que queda hecho.

El uno pondrá en su obra, es verdad, todo el interés y toda la actividad de su amor propio por ser *cosa suya*, pero también encontrará en ella por el mismo motivo más ocasiones de engreimientos, si gana, y de desalientos, si pierde.

El otro quizás haga menos *obra material* o exterior, porque ¡triste cosa es! no siempre nos dejamos mover con la misma intensidad del amor de Dios como del amor propio, pero la que realice será más sólida, recta y fecunda que la primera.

No quiere decir ésto que al *jornalero* esté prohibido hacer *obras completas*, sino sólo el proponérselas como *fin inmediato*, para que de este modo se cierre todo peligro de que se atribuya el mérito, la gloria, el acierto, el triunfo de la obra acabada al *jornalero* que la ejecutó, sino al Amo, al querido Dueño de la heredad que la dirigió.

Un ejemplo

que rodee de la claridad posible estas distinciones que a alguno quizás parecerán excesivamente sutiles.

Encargan a un Sacerdote de la predicación de una novena, del arreglo de una Parroquia, de la conversión de un alma, de la dirección de un negocio difícil.

Suponiendo en él desde luego el deseo de prestar ese servicio, porque Dios se lo manda y para gloria de El, puede hacerlo de uno de estos dos modos:

1.° Echando sobre sí, no sólo todo el *trabajo* de aquella obra, sino *todo el cuidado* de su dirección, de sus averías, peripecias y accidentes, y buscando como *paga inmediata* la satisfacción de verla acabada.

Esto es trabajar *por cuenta propia*.

¿No es verdad?

2.° Tomando para *sí sólo el trabajo*, dejando para Dios el *cuidado* de la dirección, y de la defensa contra todos los accidentes que puedan sobrevenir y no queriendo otra *paga* que el gusto de sentir contento *cada hora* a su Amo.

Esto es trabajar *a jornal*.

Es decir

Que el uno dice en el desempeño de sus ministerios: la *gloria* para Dios, el *trabajo* y el *cuidado* para mí.

Y el otro: Para Dios la *gloria* y *el cuidado* de mis obras, para mí el *trabajo*.

¿Cuál de los dos está en lo cierto?

Mi respuesta es que *ensayen* el segundo de los procedimientos, y la paz, la fecundidad y la dulce seguridad que vendrán sobre vuestros trabajos os traerán a la memoria para perpetuo recuerdo y al

corazón para agradecimiento perenne la palabra de los Salmos:

Jacta super Dominum CURAM TUAM.....

Y ¡echad sin miedo cuidados al Señor que ya veréis con qué rumbo cumple el

Ipse te enutriet y *el non dabit fluctuationem!....*

(El te alimentará y no dejará fluctuar al justo).

La práctica del Maestro

¡Qué soberana lección para moderar esa *prisa* de hacer obras *completas pronto*, de sembrar y cosechar enseguida, nos da el Maestro!

A pesar de la necesidad urgentísima que el mundo tenía de oir su palabra y ver sus ejemplos y de ser redimido, de sus treinta y tres años de vida mortal entre los hombres, dedica *treinta* al cumplimiento *silencioso* de la Voluntad de su Padre en una vida totalmente oculta y anónima y sólo *tres*, y no completos, a vida pública. Y como cosecha *visible* de aquellos treinta años de oblación en silencio y de estos tres de milagros y beneficencias y predicaciones y sacrificios imponderables, le quedan a la hora de su muerte, al pie de su Cruz, su Madre, unas piadosas mujeres, un discípulo fiel y un ladrón convertido...

Y ahora, en su vida eucarística, de la *siembra* en silencio de Hostias consagradas en miles y miles de pueblos y en millones de almas ¿qué cosecha recoge? y las que recoge ¿a qué plazo muchas?

Paciencia incansable de Jesús desairado, abandonado, profanado en miles de sacrilegios ocultos ¡cuánto enseñas al sembrador de tu doctrina!

III

Arte de tratar gentes a la apostólica

Este tan difícil arte, que algunos confunden con la manoseada *gramática parda*, se aprende y practica con sólo saber defenderse del mal de la *acepción de almas*.

Como no he olvidado del todo mis hábitos escolásticos, voy a proceder *por partes* como allá.

¿Qué es la acepción de almas?

Según el Diccionario de la Lengua, «acción de favorecer o inclinarse a unas personas más que a otras.»

Y aunque apenas me llamo Pedro, ni me meto en menoscabar los respetos del Diccionario, atrévome sin embargo, a ampliar esa definición con el sentido que así la Sagrada Escritura como los escritores y Códigos antiguos dan a esa frase: Acepción de personas es acción de favorecer a unas personas más que a otras por *desigual* e *injusta* aplicación de la ley, a sabiendas y cediendo al influjo de ciertas presiones o de ciertos motivos personales, como simpatía, odio, envidia, ambición, etc.

Aplicad esto al gobierno y trato de las almas

y tendréis explicado el *quid sit* de la *acepción de almas*.

Podría decirse que es el trato y aprecio *injustamente desigual* de las almas.

Y subrayo esas dos palabras, porque confieso de plano que no toda desigualdad en el trato y aprecio de las almas es acepción, sino sólo la injusta.

Ni todas las almas *necesitan* el mismo cuidado, ni *se merecen* el mismo cariño, aunque sí todas necesitan cuidados y merecen cariño.

¿El orden de preferencia?

Ya lo he indicado: el que establezcan la *necesidad* o el *mérito*, pero entiéndase bien, en el orden *espiritual*, puesto que estamos hablando de almas.

El ser más rico, más simpático, más poderoso, más elegante *no deben* ser nunca razones de preferencias de *almas* porque son todas de orden profano o temporal: en cambio el ser más bueno, más débil, más tentado, más fecundo para el bien, más desamparado, más ilustrado o más ignorante, más dócil, o más rebelde, etc., sí son razones adecuadas de esas preferencias.

Ahora para entender mejor el mal de la *acepción de almas*, voy a permitirme responder a esta pregunta:

¿Qué es un apóstol?

El apostól es el *hombre de las almas*.

Para eso y sólo para eso lo ha hecho su Maestro Jesús: es tan suyo ese oficio, que todos los otros

que pudiera ejercer y todas las buenas partes que pudiera ostentar como artista, literato, rico, sabio, etc., sólo deben servirle para su oficio de *hombre de almas*, so pena de traición o sacrilegio.

Para el apóstol, las almas son lo que los enfermos para los médicos, lo que la belleza para los artistas, lo que el dinero para los comerciantes, es decir, su ocupación y su preocupación que pudiera llamar genuina, característica, antonomástica. Y ahora quiero singularmente hablar del Sacerdote.

Más que el herrero es el hombre de los hierros, y que el alfarero es el hombre del barro, y que el literato es el hombre de las buenas letras, y más que todos los profesionales son los hombres de su profesión, el Sacerdote es el *hombre de las almas*; porque todos esos hombres tienen su profesión por afición, por carrera, por modo de vivir, el Sacerdote es Sacerdote por *consagración* y por *estado*.

El sacerdocio es un *estado consagrado* por Dios para el servicio de las almas.

Un médico puede dejar de ser médico, cuando le plazca, el Sacerdote y más el Párroco no puede desentenderse de las almas *nunca*.

El médico que deje su profesión, podrá llamarse un jubilado, un retirado, un cesante... el Cura que deje las almas se llamará siempre por Dios y por los hombres un apóstata y un detentador sacrílego....

Toda la ciencia del Sacerdote y con más razón de un Cura, se reduce a esto: Que él como Jesucristo, *propter nos homines et propter nostram salu-*

tem descendit... Descendió por nosotros los hombres y por nuestra salvación.

Su único trabajo no puede ser más que este: *intendam et superintendam pro animabus....* su única pena esta: que se pierdan las almas; su única alegría: que las almas malas se hagan buenas y que las buenas se hagan santas; su norma: sacrificarse por el bien de las almas; su ambición: *da mihi animas, cœtera tolle;* su sueño: morir por ellas.....

Sí, el Cura es el hombre de la *Obsesión de las almas.*

Yo sé que todo esto es el A. B. C. de nuestro ministerio y que parece pueril que yo me ponga a darlo y celebrarlo como una novedad; pero también sé que tanto daño y no menos yerros, causa la verdad *ignorada* como la *olvidada* y.... se olvida harto lo que nunca debiera olvidarse.

¿Por qué insisto en marcar ese oficio nuestro?

Sin duda habréis oído frases parecidas a esta: ¡Para qué hartarse de predicar para cuatro beatas! ¡Para qué trabajar tanto si no vienen más que viejas! ¡Para qué solemnizar y repicar tanto nuestra fiesta, si no vienen más que chiquillos! ¡Para qué dar catecismo, si no se reunen más que tres o cuatro colilleros! ¡Para qué prepararse un buen sermón para los cuatro palurdos que lo van a oir! ¡Para qué..! qué lista tan larga podría hacerse de frases de esas y aún más que de frases, de hechos y procederes que traducen ampliadas esas frases...

Y ahora viene el *an sit* de la cuestión.

¿No creéis hermanos, que esas frases trascienden a la legua a *acepción de almas?*

Aplicad la doctrina dada.

¿Es que las *beatas* no tienen almas? ¿Es que las viejas no necesitan el calorcito del cariño pastoral? ¿Es que los chiquillos no son cristianos? ¿Es que los colilleros no necesitan catecismo? ¿Es que los buenos sermones no pueden ser entendidos por los ignorantes...?

Las matemáticas desconocidas de las almas

¿No véis un montón de *injustas desigualdades* en ese apreciar las almas por las arrugas de la cara, por el falso concepto del *beaterío*, por los remiendos de la ropa, por la posición social, y hasta en ese castigar con el mal humor y el poco pasto a los que vienen, la falta de los que no vienen? ¿No creéis que se ahorraría buenos berrenchines y desasosiegos ese Cura, si se pusiera a pensar un poquito en lo que él es respecto de esas almas y en lo que son esas almas respecto de él? ¿No creéis que se evitarían muchos desalientos y no pocas quejas de la inutilidad de los ministerios, si, dejando de ver las cosas y las personas como las ve el mundo y despojándonos de sus oropeles, nos pusiéramos a verlas como las debe ver el Sacerdote, como las veía San Pablo cuando decía *omnibus omnia factus sum?*

Omnibus, ¿estamos? lo mismo para las almas *forradas* de sedas y oro que para las forradas de *harapos* ¡Omnibus! Que después de todo....

¿Quién es capaz de pesar y medir un alma? ¿quién se atreve a decir que esta vale más que aquélla, fundado sólo en indicios y conjeturas exteriores?

Porque si no conocemos el valor de las almas, ¿con qué razón podemos quejarnos o gozarnos de que sean tales o cuales las que vengan a nuestros ministerios?

Y ¡cómo nos exponemos a engañarnos miserablemente, despreciando o tratando con menos interés el alma de una viejecita arrinconada, porque nos parece poca cosa, y prefiriendo a ella el alma de un *gran* hombre o de una *gran* dama, que nos parece de más valor!

Todavía no se han escrito las *Matemáticas del espíritu* que servirían no poco para hacernos ver nuestros *tiempos perdidos* en trabajar por ciertas almas, de puro tontas inútiles, nuestros *palos de ciego* en edificar sobre... arena movediza o sobre estopa inflamable, nuestros *toques de violón* en gastar saliva, palabras y tiempo en acompañar el conocido estribillo de «acúsome padre de que por un oído me entra y por otro me sale»... y también nuestros *desvíos* injustificados, nuestras *indiferencias* irritantes, nuestro tratar *a galope* a unas almas y a paso *de tortuga* a otras... porque sí...

¡Cualquiera, cualquiera se atreve a escribir esas *Matemáticas!*

Lo que se conoce

De todos modos sin ellas sabemos que las almas tienen como los números en Aritmética dos valores: uno *absoluto* y otro *relativo*.

Que el valor *absoluto* de un alma es fácil de conocer pero imposible de comprender porque un alma vale tanto como la *Sangre* de Nuestro Señor Jesucristo con que ha sido rescatada y elevada.

Que el valor *relativo* de un alma, o sea el grado de *esfuerzo propio* y de *fidelidad* que ha puesto para *hacer suya* esa Sangre redentora, no lo conocen *de cierto* más que Dios y *por conjetura* alguna vez los hombres.

Por eso, porque sabemos tan poco o nada de esas interioridades, nos engañamos tan frecuentemente en atribuir el buen éxito de una empresa, la conversión de un alma o de muchas y cosas a estas parecidas a una buena reputación; a una voz elocuente, a un golpe de habilidad, a circunstancias exteriores, etc., cuando en realidad el secreto de aquellos triunfos está en la silenciosa abnegación, en el sacrificio oculto, en la oración constante y humilde de un alma desconocida o al parecer insignificante.

Lo que hacía el Maestro

¡Con qué gusto traslado aquí esta bella página de S. Gregorio Magno, comentando la conducta del Maestro, con el hijo del rico Régulo y el pobre criado del modesto centurión!

«¿Qué significa que rogado Jesucristo por el

Régulo para que visitase a su hijo, rehusa ir corporalmente y, sin embargo, se ofrece a acudir corporalmente para curar al criado del centurión, sin que se lo pidiesen? No se digna visitar con presencia corporal al hijo del Régulo, el que no se desdeña de asistir al criado del centurión. ¿Qué es ésto sino abatir nuestra soberbia, porque no veneramos en los hombres la naturaleza, por la cual han sido hechos a imagen de Dios, sino las riquezas y los honores? Mas nuestro divino Redentor, para demostrarnos que las cosas que los hombres tienen por elevadas, deben despreciarse, y las que tienen por despreciables deben ser estimadas, no quiso ir al hijo del Régulo y se mostró dispuesto a ir al criado del centurión.

Con esto queda condenada nuestra soberbia, porque no sabe estimar a los hombres por sí mismos. Sólo aprecia las cosas que rodean a los hombres y, no atendiendo a la naturaleza, no reconoce el honor de Dios en los hombres. Notemos que el Hijo de Dios no quiere ir al hijo del Régulo y, no obstante, está dispuesto a ir a dar la salud al siervo. Ciertamente, si nos rogase el siervo de cualquier hombre que fuésemos a su casa, al punto respondería tácitamente nuestra soberbia diciendo: No vayas, porque te degradas, se rebaja tu honor y te envileces entrando en semejante lugar. He aquí que no se desdeña de visitar al esclavo el que ha venido del cielo, y, sin embargo, los que somos de la tierra no queremos humillarnos en la tierra.»

El gran corolario

A mí pues, me enseña todo esto, que: 1.° si quiero evitar engaños, desilusiones, e injusticias en el trato y aprecio de las almas, debo *quererlas a todas mucho* porque *todas*, sean de ricos o de pobres, de altos o bajos, de viejas o de nuevas, son *imagen* de Dios y *precio* de la sangre de mi Señor Jesucristo. 2.° Que me guardaré mucho de *clasificar* almas, y por consiguiente, de alegrarme o de entristecerme porque son almas de *esta clase* o de *la otra* las que se aprovechan o participan de mi ministerio. 3.° Que ciertamente en el día del juicio no me han de preguntar por la *clase de almas* que he salvado, sino si he trabajado por salvarlas, sean de la clase que sean; y 4.° Que toda preferencia concedida a las almas que no esté fundada en su *valor* verdadero o en su *necesidad* es fea y ruín *acepción de personas*.

Aplicad, amigos apóstoles, sacerdotes o seglares, éstas que podéis llamar, si os place, perogrulladas apostólicas, y veréis qué disgustos os ahorráis, qué satisfacciones os preparan y qué *galones* os pondrán hasta los mismos enemigos, que se verán forzados a repetir de vuestro apostolado el elogio que del Maestro tuvieron que hacer los suyos:

Maestro, sabemos que tú eres veraz y que no tienes *acepción de personas*....

IV

Arte de no quedarse nunca cesante en el apostolado

El gran peligro del apostolado

Y mejor diría: El gran peligro de los que andan en apostolados; que éstos, si son de buena ley y de misión cierta, no son jamás peligrosos.

Pues bien, creo no estará de más echar un cuarto a espadas sobre los peligros y riesgos a que están expuestos los apóstoles menudos y los apóstoles grandes en el punto en que olvidan tomar las debidas precauciones.

¡Quiera el Amo bendito conceder a estos renglones sonidos de clarín que alarme y prevenga a los que no han caído y que despierte o resucite a los que cayeron y quizás murieron para la vida apostólica!

Un caso frecuente

Surge un apóstol chico o grande de la palabra, de la pluma, de la acción y con su palabra escrita o hablada o con sus obras de celo ardiente excita atenciones, atrae miradas, subyuga corazones, enardece almas, forma grupos de incondicionales,

funda obras y por medio de esos grupos y de estas obras centuplica su acción y su apostolado... ¡Qué oriente más espléndido y esperanzador el de éste sol!

Pasan unos meses, unos años y, cuando habría derecho a esperar un bello cenit para aquel astro, volvemos a mirar y nos lo encontramos en todas las apariencias de un triste ocaso..... Negros nubarrones de maledicencias y discusiones, recelos y desalientos, quejas de descontentos y protestas de desengañados presagian para aquel sol caído, una noche de tempestades y muertes....

¿Qué ha ocurrido? Quizás más que sol en ocaso, sea sol de mediodía en eclipse de pruebas de Dios o en tempestad de pasiones y flaquezas de hombres, pero eclipse y tempestad que pasarán, dejando reaparecer más brillante el sol; pero quizás, quizás sea verdad que el sol de tan riente aurora, sin pasar tal vez por el medio día, se ha sepultado en un ocaso tenebroso del que no volverá a nacer más.

Y ¡ojalá no fueran tan frecuentes estas tristes y prematuras puestas de astros apostólicos!

¿Por qué?

Aparte de la ley biológica a que están sujetos todos los seres vivientes de la tierra, del nacer, crecer, decaer y morir, y dejando a un lado causas que pudiera llamar parciales de decadencia de las obras de apostolado, como la falta de competencia o de medios adecuados o sobra de malas volunta-

des e intenciones torcidas en los que las ejercen o las reciben, quiero fijarme y pedir la atención sobre el que yo llamaría el gran peligro y el gran por qué de las esterilidades y fracasos de los apóstoles de Jesús en grande como en menuda escala.

Antes de llamarlo por su nombre, debo recordar lo que nunca deberían olvidar los apóstoles:

La ley suprema del apostolado

Si apóstol no significa ni es otra cosa que enviado, la ley única, la norma suprema y esencial de todo apóstol es pensar, querer, sentir, proyectar, hablar, hacer y padecer, no como Juan, Pedro o como se llame, sino como tal enviado, y siéndolo nada menos que de Jesús, pensar, querer, sentir, proyectar, hablar, hacer, y padecer a lo Jesús y en nombre de El.

Esta es la ley.

¿No es esto claro, lógico y justo?

Y mientras a lo Jesús se conduzca por dentro y por fuera, apóstol de Jesús será él y apostolado de Jesús será el suyo, y fecundidades y aciertos y hasta milagros de Jesús serán los gajes de su apostolado, y esto a pesar de todos los eclipses con que Dios quiera probar y ejercitar su humildad y paciencia y de todas las nubes y tempestades de las propias flaquezas y las ajenas pasiones.

Como la cumplieron los Apóstoles

¿No era esta ley la que con sus palabras y sus

obras nos enseñaron nuestros Padres en la Fe los Apóstoles del Testamento nuevo?

«Yo no tengo oro ni plata, lo que tengo te doy», decía el Príncipe de los Apóstoles al baldado que le pedía limosna en la puerta del templo, «en nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda».

Ese es el tesoro, el único, el gran tesoro del Apóstol y el manantial de todo su poder: obrar en nombre de Jesús.

Yo, Pablo, predicaba el Apóstol de las gentes, no soy nada y lo puedo todo..... «Por la gracia de Jesús, que mora en mí soy lo que soy.» Y de tal suerte se sentía trocado el Apóstol en Jesús, que su boca era la boca por la que hablaba Jesús; y sus manos, las manos por las que obraba Jesús; y sus pies los pies por los que andaba Jesús; y su corazón, corazón por el que amaba Jesús.

Ese trueque del Apóstol en Cristo y de Cristo en el Apóstol es el que autoriza á decir: «Vivo yo, mas no yo, sino que vive en mí Cristo» y «mando, no yo, sino el Señor,» y a San Juan Crisóstomo para proferir aquel grito, tan atrevido como verdadero: «El Corazón de Cristo, corazón de Pablo; el corazón de Pablo, Corazón de Cristo.»

El apóstol pues no es un simple empleado, un viajante de la marca de Jesús, con nombramiento escrito en un título de papel y con mayor o menor sueldo, para que hable o haga propaganda de su marca a hora y en lugares determinados; nó, el apóstol de Jesús es Jesús mismo vestido con la túnica de Pedro o de Pablo, con la sotana del

Sacerdote, con la toga del magistrado, con la chaqueta del maestro, con la blusa del obrero y hasta con la falda de la mujer, y dado a conocer y a amar, y a imitar no sólo por la palabra a horas fijas sino por la vida de todas las horas de esa mujer María, de ese obrero cristianizador de sus compañeros, de ese maestro modelador de cristianos, de ese magistrado y de ese Sacerdote que de todos los actos de sus ministerios hacen apostolado de Jesús y atracción de almas.

Consecuencias

Puedo, pues, deducir de la ley suprema del apostolado, que antes senté, estas consecuencias:

1.ª Que no hay más apóstoles de Jesús, que los enviados por El, con caracter sacramental perpetuo, oficial e imborrable, como los Obispos; o con caracter, que pudiera llamar amistoso y privado y para fines particulares, como son todos los que se sienten impulsados, a hacer bien a las almas de sus prójimos llevándolas a Dios por cualquier medio que les sugiera el celo, como la beneficencia, la enseñanza, la predicación, el buen ejemplo, la amistad, etc.

2.ª Que la eficacia y fecundidad del apostolado, pudiendo tener por instrumento las prendas y aptitudes del apóstol, tienen siempre por causa principal y esencial la virtud y gracia de Dios que lo ha enviado.

3.ª Que a más unión del instrumento, el hombre apóstol, con Dios, y a más imitación del enviado

de la vida, del único Autor de todo apostolado, Jesús, más eficacia y fecundidad en la acción apostólica; y a menos o nula unión e imitación, menos o nula eficacia y fecundidad en la misma. «El alma que está unida con Dios, escribe el doctor San Juan de la Cruz, el demonio la teme como al mismo Dios,» y si así la teme, es porque ve en el alma unida a Dios, el poder mismo de Dios.

Ahora puedo responder brevemente a aquella pregunta: ¿Por qué se precipitan en un tenebroso e inesperado ocaso no pocos astros del apostolado? ¿Por qué acaban tan desastrosa y vergonzosamente obras apostólicas y de acción católica que tuvieron brillante aurora? ¿Cuál es el secreto de la cesantía de tantos apóstoles?

Váis a permitirme que la repuesta os la dé bajo una forma un poco extraña.

Muchos apostolados y obras de acción católica fracasan por esto sólo: por haber decretado, si no con palabras con los hechos:

La cesantía de Dios

¿Os parece dura? Pronto veréis que es más verdadera que dura.

¿Qué es Dios para el apóstol?

El Apóstol ha levantado una casa, ha construído un templo, ha establecido un centro, ha formado un grupo de almas más buenas, más valientes, más abnegadas, ha reformado por su palabra, por su ejemplo, por su saber, un pueblo, una sociedad.

Vuelvo a preguntar: ¿Qué es Dios para ese apóstol y para esa obra?

Y aplico la vista y el oido a las obras y a los dichos de no pocos apóstoles y oigo decir con insistencia jactanciosa, más o menos embozada: Yo he hecho..... yo he formado..... yo he creado..... y me siento tentado de exclamar para mis adentros:

Aquí por lo pronto, Dios Padre a quien en verdad se atribuye toda creación vá quedando cesante.....

Y sigo escuchando: Y he hecho, formado, atraído, convertido, creado a fuerza de sudores míos, de habilidades mías, de talento mío, de dinero mío, de simpatías mías.....

¡Si no hubiera sido por mí!.... Y vuelve la tentación diciéndome: Aquí va quedando cesante Dios Hijo, que con su pasión y muerte se hizo la única causa meritoria de toda gracia de atracción, conversión y santificación.

Y prosigo con el oido atento..... Y gracias a mis estudios, a mi técnica y a mis aciertos dirijo admirablemente esta obra, y la he hecho valer más que las otras semejantes o anteriores, y mis disposiciones y orientaciones sobre ella son inmejorables, insuperables e irreformables, aún por autoridades superiores, que sabrán mucho de lo suyo, pero de esto mio, no... E insiste la tentación: Si toda dirección y todo acierto en acciones y obras para llevar almas a Dios viene del que se ha llamado por la Iglesia Dedo de la diestra del Padre, o sea el

Espíritu Santo, el único Iluminador, Director, Guía y Santificador de las almas, en esa obra tan rebosante de criterio humano y de direcciones humanas y vacía de oración dejan poco o nada que hacer a Dios Espíritu Santo, es decir, que también está amenazado de cesantía.

¡Ay Dios mio! ¡Te siento tan despedido, como cesante, en las puertas de tantas obras y casas que se llaman cristianas y hasta piadosas!

Somos canales, pero porosos, como de barro, y, si no nos vidriamos bien con el desprecio propio y el amor de la gloria de Dios en un constante espíritu de oración, absorbemos, e inutilizamos el jugo que pasa de Dios para las almas y de las almas para Dios.

Somos esponjas que deben empaparse de lo que rebosa el Cáliz y el Copón y exprimirse apretadas por el trabajo apostólico sobre las almas. Trasegadores de las bodegas de Dios. ¡Nos es tan fácil creernos que damos de lo nuestro y no de lo de Dios y que lo nuestro (nuestra simpatía, virtud, influencia) hace y no lo de Dios!....

¿Y qué le queda a un apóstol de Jesús y a su obra, si despide de ella a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo?

Para él, la cesantía más vergonzosa y para su obra el fracaso más ignominioso.

Ni más ni menos.

Y si no desaparecen rápidamente esas obras y por algún tiempo siguen aparentando vida, es para

que les dé tiempo a escribir con lágrimas de despecho y con uñas afiladas por la desesperación el epitafio para la tumba del Apóstol y que poco más o menos deberá decir:

Aquí yace N. N.
Apóstol cesante.

Amigos y hermanos apóstoles ¡ojo con el gran peligro de la cesantía!

V

Arte de ser apóstol a todas horas

El cumplimiento del propio :: deber en cada hora ::

¡El deber! Diríase que a fuerza de tanto hablar de *derecho* se va antigüando la palabra *deber*.

Y hasta cuando se trata de apostolados y propagandas, hartas veces se deja arrinconado o por lo menos, en baja estima el deber propio y no se suele tener por hombre muy apostólico al que se limita con cumplir con su deber; parece como que tácitamente se ha convenido en que el celo, la propaganda, el apostolado, caen fuera de la acción del deber de la mayor parte de los cristianos y para algunos aun de los mismos Sacerdotes.

Pues bien, yo quiero volver por el honor del *deber* demostrando precisamente que el cumplimiento asiduo, minucioso y concienzudo del *propio deber* es un *apostolado permanente* al que todos estamos obligados y con el que se obtendría la salvación del mundo o de la porción de mundo en la que tal cumplimiento se diera.

Y esto principalmente por la eficacia de la *buena obra* y del *buen ejemplo* que con ella se da.

Abundando en esos pensamientos publiqué años atrás una *Instrucción Pastoral,* dirigida singularmente a mis Sacerdotes, sobre «La parte del Clero en la hora presente» y las multiplicadas ediciones de esa Instrucción y las reiteradas peticiones de ejemplares de la misma me demostraron que el citado documento a falta de otras prestancias tenía la de haber llegado a tiempo.

Por esta misma razón estimo no fuera de lugar el transcribirla aquí, porque aunque desmedradamente, expone un arte de apostolado al alcance de todos y bajo la obligación de todos.

Y ¡ojalá la lectura de esos renglones acelere o fomente la multiplicación de los apóstoles del *buen ejemplo* por medio del deber propio bien y a conciencia cumplido.

La parte del Clero en la hora presente

La hora presente

Convertido el mundo en un gigantesco cinematógrafo, vémonos obligados los que en él vivimos a presenciar el desfile vertiginoso de instituciones, figuras, ideas, obras que crearon las generaciones y consolidaron los siglos y su sustitución por instituciones y obras de ayer, de hoy, del instante presente para, con la misma rapidez con que subieron, caer en el foso de la oscuridad de donde salieron.

He buscado datos para componer o formular una definición *de la hora presente* y no he hallado ninguno contundente, fijo y exclusivamente

característico: donde quiera que me he acercado en demanda de ellos, en vez de una respuesta he recibido una pregunta:

¿A dónde vamos?

Es la pregunta que, con miedo o con esperanzas y cada cual bajo una forma, todos los hombres y todas las instituciones se hacen a sí mismos en estos momentos de rebeldías triunfantes, de pasiones hasta ahora hipócritas y desde ahora desvergonzadas, de anhelos legítimos tan prontos a convertirse en bellas realidades como en quimeras absurdas.

¿A dónde vamos?

Se pregunta la política y el derecho de gentes y el de propiedad, y la moral y el orden social y los valores todos hasta ahora recibidos, y un encogimiento de hombros general es la respuesta que se obtiene.

¿A dónde vamos?

Nos preguntamos también los católicos, ¿al caos, a la casi total desaparición de la Fe, precursora del Juicio final o a la aurora del día de la Justicia y de la Paz para con Jesucristo y su Iglesia?

Y, aunque la Iglesia sabe siempre a donde va, porque el dedo de su Fundador *Jesucristo* infalible e indefectible está señalándole sus senderos y el punto definitivo de llegada, no deja de experimentar zozobras y angustias al prever y presentir en estos momentos de lucha descomunal la sangre y las almas de hijos suyos que se le van a quedar por los campos de batalla.....

No es mi intento detenerme aquí en explicar las causas, el desarrollo, los efectos y la transcendencia en los distintos órdenes de la vida de ese fenómeno quizás único o muy pocas veces repetido en la historia que nos ha tocado presenciar.

Nó, la índole de este rato de conversación familiar que estoy echando con mis amados sacerdotes, no me permite entrar en ese estudio que habría de ser prolijo; sólo me pide que haga constar ese fenómeno de transformación radical, de conmoción honda, de inquietud universal, de discusión y de crisis de todos los valores y de todos los conceptos, de esa gran disgregación en que están dividiendo a nuestras sociedades el miedo y la esperanza de una misma cosa futura, igualmente desconocida para los que temen como para los que esperan..... Sí, amados Colaboradores, basta detenernos y fijarnos en ese fenómeno o cúmulo de ellos, para que deduzcamos primero, la convicción y la persuación de que nos encontramos en momentos críticos, difíciles, transcendentales, y segundo, la necesidad de tomar resoluciones y normas de conducta tan serias y vigorosas como graves son las circunstancias que las imponen.

¿Pleito propio o extraño?

Y tanto más cuanto que el pleito que aquí se agita, el problema que tan inquieto y convulso trae al mundo contemporáneo, no es, aunque a primera vista lo parece, un pleito, un problema meramente político, económico, internacional o social; más

que todo eso y fundamentalmente es religioso, es asunto de dogma y de moral, de si hay o no hay Dios, soberano Legislador de individuos y de pueblos, si hay o no hay Mandamientos de Dios, si hay o no hay Evangelio con su *Padre nuestro* de todos los hombres hermanos, con sus *Bienaventuranzas* de los humildes y pequeños, con su *Eucaristía* de todos los hambrientos, con su *Cruz* de todos los redimidos;.... sí, sí, el problema del día es el problema de hace veinte siglos, es el eterno litigio entre el *pusillus grex* del Cristo de la pureza, de la abnegación, del amor hasta la cruz y la turba multa del Barrabás de las concupiscencias sueltas y de los apetitos sin freno, de todas las tiranías, sean de la fuerza, del poder, del número, de la violencia..... en suma y en definitiva, el fondo de todos los problemas del día es éste:

¿Catolicismo o Laicismo?

¿Catolicismo con todas sus consecuencias de paz con Dios y con los hombres, respeto mútuo, fraternidad, justicia social, sumisión del pueblo a la autoridad y sumisión de la Autoridad y del pueblo a Jesucristo?

¿Laicismo con todas sus consecuencias de socialismo, anarquismo, nihilismo y *Bolcheviquismo?*

¡Quiera Dios, que, ya que no se ha querido ver a la luz de la Fe, se vea, siquiera a la siniestra lumbre de las hogueras que está encendiendo el Laicismo triunfante, la imposibilidad, la ineficacia y la inestabilidad de los *partidos medios de orden* sin Orde-

nador supremo confesado y obedecido, *de libertad* humana sin Ley divina acatada, de *fraternidad* universal sin Paternidad común, de *buen gobierno* de hombres sin contar con Dios!....

Todos pleitean

¿A dónde vamos? os decía que se preguntan economistas, sociólogos, políticos, patronos, obreros, propietarios y hombres de estudio, y, aunque es verdad que no han podido responderse más que con el encogimiento de hombros de la incertidumbre o de la duda, también lo es que todos ellos se aprestan con febril diligencia a tomar precauciones y preparar defensas o ataques.

Y los unos con sus mitines y conferencias y *Lock-out* y los otros con sus huelgas y *boicotages* y organizaciones de solidaridad, y estos con la prensa, y la propaganda y con el soborno y aquellos con la amenaza y la sedición y la revuelta y todos con calor, con prisa, sin reparar en medios ni en riesgos posibles, se aperciben a la lucha.

Y aquí es donde, amados sacerdotes, quería llegar para preguntaros ante esa pobre sociedad que se desmorona y que no se sabe si huye o avanza, si es que se va, o es que se viene.

¿A dónde queréis que vaya?

Sacerdotes, ¿cómo queréis que se resuelva el pleito?

No os extrañe la pregunta.

A pesar del desprecio con que esa pobre sociedad

afecta prescindir del clero en la gestión de su pleito, el clero católico en definitiva, *si quiere*, es *el único* que puede eficazmente, darle solución equitativa, pacífica y permanente.

Repetimos: *Solo* el clero, *si quiere*.

Que lo de económico, político, social que tiene ese pleito lo arreglen los economistas, los políticos o los sociólogos; como la esencia es de dogma y de moral, el pleito en definitiva tendrán que tratarlo y definirlo de un lado, el Sacerdocio católico, *único* depositario de una doctrina dogmática y moral divinamente cierta y definida, y de otro, los corifeos del partido más extremo y radical y rabiosamente revolucionario, y digo en definitiva, porque al fin y al cabo aquellos y estos son los únicos que pueden hablar y obrar en nombre de la lógica; son los dos únicos radicalismos, el de la afirmación y el de la negación con todas sus consecuencias

Una somera excursión por el campo de la Historia de la Iglesia y de los pueblos en los 20 siglos que aquella lleva de existencia, nos daría esta misma conclusión.

Al representarme de esta manera, que creo exacta, la situación del mundo, y reflexionar que he sido constituido por Dios capitán de una sección de ese ejército, que necesaria e ineludiblemente ha de entrar en acción con enemigos tan formidables y sañudos, siguiendo la comparación militar, no puedo menos de *pasar revista* y este es el fin que me propongo en la presente Instrucción.

O más concretamente: ¿qué le toca hacer a nuestros Sacerdotes en estos momentos?

Dos respuestas malas

Me atrevo a calificar así las respuestas que a esa pregunta están dando bajo distintas formas dos malos consejeros: La *confusión* y el *pesimismo*.

La procacidad y el aire de triunfo con que casi por sorpresa se han introducido en la circulación de la vida de familia y de los pueblos, doctrinas, usos, modas, procedimientos hasta hace muy poco tolerados solamente en los antros y tugurios de la gente perdida; la lectura de periódicos, aun bien orientados, con sus pinturas trágicas de males sin cuento, con sus clamores y conminaciones por soluciones inmediatas urgentes, con sus excitaciones al trabajo y a la lucha, que por dirigirse a masas heterogéneas, en unas cosas han de pasarse del justo medio y en otras no llegarán a él, y junto con esas lecturas, ese levantarnos cada día con un nuevo conflicto a la vista y acostarnos con la amenaza de terribles cataclismos para el día venidero, y el desasosiego, que todo esto trae consigo, mantienen a los espíritus, aun los más templados y equilibrados, en un estado de confusión y de pesimismo que se suele manifestar de una de estas dos maneras: o por un afán, que mejor se llamaría frenesí, de moverse, hablar, discutir, ir y venir, andar y desandar sin otro rumbo ni guía que la impresión producida por la última noticia recibida, o el último artículo leído, o por esta frase, *esto está perdido: ¿a qué hacer*

nada? La primera es la respuesta de la *confusión*, la segunda del *pesimismo*: dos respuestas evidentemente malas.

Sabemos que el *espíritu de la confusión* está susurrando al oído de los nuestros que, abandonando los caminos trillados por ineficaces y viejos, se echen por trochas nuevas, que se atrevan a ciertos procedimientos y actitudes, que lleguen hasta... ¡qué momentos estos tan propicios para las exaltaciones y los desbordamientos! Sabemos también que entre no escasa porción de hermanos nuestros forcejea el *pesimismo* por meterse en sus corazones y obturar sus válvulas, y en sus brazos para dejarlos inmóviles, y en su lengua para dejarlos mudos y en su actividad toda.... ¿para qué trabajar, si todo esto se muere?

La respuesta buena

Desechadas estas dos respuestas, damos la que a nuestro juicio es ciertamente buena.

¿Qué le toca hacer a nuestros Sacerdotes? Respondemos sencillamente: QUE CADA CUAL CUMPLA CON SU DEBER.

¿Perogrullada?

¿Solución inocente?

¿Sobra de candidez y falta de sentido de la realidad?

Llámesele como se quiera.

Yo estimo esa respuesta en el fondo de mi conciencia, y en la rectitud de mi intención y en la honradez de mis convicciones la *única eficaz y completa*.

El triunfo por el deber

Que una Diócesis, y no aludo aquí a ninguna en particular, tenga Canónigos cuya piedad y cuyo recogimiento en cantar las divinas alabanzas en el coro se den la mano con su adhesión leal y colaboración inteligente y abnegada para con su Prelado; que tenga Párrocos que tomen la delantera a sus ovejas en ir al templo por las mañanas para facilitar, aun a los más ocupados, la recepción diaria de la Santa Eucaristía; que prediquen el Santo Evangelio y el Santo Catecismo a grandes y chicos con su palabra los Domingos y Fiestas y con su ejemplo todos los días y todas las horas del día; que dediquen a los enfermos sus visitas más cariñosas y a los pobres sus saludos más afectuosos y a los extraviados sus sacrificios más constantes y a todos, buenos y malos, seguidores y perseguidores, una palabra buena, una cortesía cristiana, un rasgo de generosidad, una industria de celo; que tenga Coadjutores, Capellanes y simples Sacerdotes agrupados y diciplinados en torno de sus Párrocos y formando con ellos una sola familia, en la que se discuta, no el interés o la preeminencia, sino el puesto o la obra de mayor trabajo y más penoso sacrificio; que tenga Comunidades religiosas, atentas en su vida interior a procurar la más rigurosa observancia de sus santas Reglas y mediante ella la santificación de sus miembros y en su vida exterior a hacer obra netamente católica, y como tal, no suelta ni disgregada, ni parcial, sino coordinada, articulada con la acción católica diocesana, y conforme con la perfección y abnegación de su estado, prefiriendo, en caso de opción, lo más árduo, lo más pobre, lo menos brillante, lo menos retribuído y apreciado, y que Canónigos y Párrocos y Coadjutores y simples Sacerdotes y Religiosos todos fundamenten esa acción tan compleja y difícil de sus ministerios en el *espíritu de oración* y *de obediencia*, único que puede darle raíz, savia y fecundidad, y que, más que la misma acción, es característico de los que son por antonomasia, los *Hombres de Dios*, los *Cristos visibles*, los *Intermediarios* entre el cielo y la tierra, y esa Diócesis será una Diócesis en la que Jesucristo está en triunfo o en vísperas de él y en triunfo con Jesucristo la paz de las familias, las virtudes no sólo morales, sino cívicas, la autoridad y el orden, el respeto mútuo y la justicia en los contratos y la caridad en las palabras y en los corazones y en las obras.

Lo que puede un Sacerdote

Muchas veces bendigo al Señor que se ha dignado regalar a mi alma una Fe tan viva y una confianza tan ciega y tan sin límites en el poder, o mejor dicho, en la omnipotencia de estas tres cosas.

El *Evangelio*, la *Eucaristía* y el *Sacerdocio*.

Tres cosas que en realidad no son más que esto solo: *El Verbo hecho Evangelio y Eucaristía hablando, andando y obrando por medio del Sacerdote.*

Por esto compendio mi Fe en aquellas tres cosas en esta sola: *Creo en el Sacerdote* que *cumple con su deber*.

¡Ese es el que en cierta manera puede llamarse el Sacerdote-Evangelio, el Sacerdote-Eucaristía!...

No es una figura retórica o una ilusión devota la que aquí os presento, venerados y queridos Sacerdotes, es una verdad rigurosamente cierta: en el punto en que nos decidamos a ser esto sólo: *pies* para llevar el Evangelio a todos y a todas partes y *boca* y *manos* para que por ellas hable y obre la Eucaristía, que nosotros consagramos, que para eso y no para otra cosa, hemos venido a la tierra, todo el poder iluminador, medicinal, renovador y salvador que Jesucristo ha puesto en su Evangelio y en su Eucaristía, pasa a ser poder de nuestra palabra, de nuestro trabajo, de nuestra oración y de nuestra inmolación, es decir, *poder todo nuestro*.

Sacerdotes, ¡creed en vosotros mismos!

Cómo desearía ahora elocuencia y calor y fuerza de persuasión para llevar esta Fe viva a todos mis hermanos, los Sacerdotes, no sólo de esta diócesis sino del mundo entero perseguidos, instigados en estas horas de convulsiones horrendas y de locuras sin ejemplo por la tentación del mal espíritu de la confusión o del pesimismo que los empuja a hacer lo que no deben, o los ata para que no hagan lo que deben.

Nó, no es una ciencia nueva o una técnica desconocida, o unas escuelas o soluciones económicas o

políticas a las que tenéis que dedicaros para con ellas salvar al mundo que parece que agoniza.

Confiad en vuestro Ministerio

Nó, hermanos queridísimos, esos dos bandos de ricos y de pobres en que se divide el mundo y que ni os miran ni os oyen, entre otras razones, porque no les queda tiempo más que para odiarse y temerse alternativamente, esos dos bandos, repetimos no irán a la reconciliación y al abrazo de hermanos para lo que el Padre celestial los crió, ni por la ciencia, ni por la técnica, ni por la economía, ni por la fuerza.

Algo de eso podrá ayudar, sino es que, como a las veces ocurre, entorpece y dificulta; pero ¿llevar hasta el fin?

Una triste experiencia de más de un siglo está respondiendo con claridad bastante, que a pesar de lo mucho que evidentemente se ha progresado en todo aquello, el abismo se ahonda y se ensancha cada vez más...

«Un problema tan grande, decía *Luis Blanc*, citado por Donoso Cortés, necesita tener un ministerio especial que lo resuelva.»

Y según el atinado comentario que el mismo eximio orador le añadió, «Su error, empero, consistió en creer que ese ministerio no existía, y ese ministerio no estaba vacante, ese ministerio venía desempeñándose diez y nueve siglos ha por la Iglesia Católica.»

Ese ministerio es el vuestro, el mejor preparado

para la distribución equitativa y armónica de los elementos que han de traer la solución ansiada, la *Justicia* y la *Caridad*, ese ministerio es el ministerio de los hombres-Evangelio, de los hombres-Eucaristía...

¡Sacerdotes, sin desdeñar otros medios buenos, en definitiva sólo confiad en vuestro ministerio!

¡Aun en la hora de los ojos y oidos cerrados!

No importa que en esta hora no se os oiga, ni se os tenga en cuenta para nada.

Seguid en vuestros puestos, aunque os rodee la soledad y el silencio del abandono; que vuestra boca no deje de abrirse para hablar del Evangelio, aunque nadie os oiga, y que vuestras manos no dejen de extenderse para ofrecer con la una la Eucaristía que alimenta las almas, y con la otra el pedazo de pan de vuestra pobreza que sostiene el cuerpo, aunque no tropiecen con bocas ni manos que os lo reciban; que vuestros pies no dejen de moverse *para ir*, como mandaba el Maestro, *ir siempre*, aunque las espinas siembren vuestro camino y ni unos ojos amigos crucen su mirada con los vuestros;.... seguid en vuestros puestos, pase lo que pase; que por lo pronto vosotros dáis gloria al Padre celestial que os envía, os cerráis la entrada a los remordimientos y a la responsabilidad de las conciencias infieles, aminoráis y retardáis, sin duda alguna, el triunfo del mal, dáis ejemplo, el ejemplo

de que tanto necesita el mundo en estos momentos, de que las batallas se ganan, no desertando del deber, sino cumpliéndolo, y....

Jesucristo siempre vuelve

¿Quién sabe? si en los designios de Dios no entra que el mundo llegue aun a sus postrimerías, esa hora de locura y de cegueras que lo envuelve hoy, pasará, y el ruido ensordecedor de los cañones y de las bombas cesará, los combatientes sentirán hambre de descanso y de paz, y entonces, en esa hora de silencio y de buen juicio que la Providencia de Dios impondrá, surgirá de entre las ruinas de los templos por ellos mismos demolidos o abandonados, la voz reposada, serena, sencilla, solemne, iluminadora y santificadora *que sigue anunciando el Evangelio y la Eucaristía de Nuestro Señor Jesucristo....*

Y ¿quién impedirá entonces que se repita una vez más la vuelta de los pueblos, que se fueron, *quemando lo que adoraron y adorando lo que quemaron?*

Ciertamente ni la Iglesia ni la Historia se sobrecogerían de sorpresa.

¡Tantas veces han presenciado esas vueltas!

¿Reparos?

Quizás a algunos les asalte, mientras lean, el mismo temor que ha intentado detener mi pluma, mientras escribo.

¿Bastará esa receta tan simple y tan elemental para remediar y prevenir esa espantosa irrupción de mal que en parte nos oprime ya, y en parte nos amenaza como inminente?

¿No hay que hacer más que eso, cumplir nuestro deber?

La respuesta de S. Pablo

El temor en que se funda ese reparo se desvanecerá, si atentamente se medita esta página de la Epístola (1) del Apóstol de las Gentes a su Discípulo y Santo Obispo Timoteo.

Parece escrita expresamente para nuestro tiempo.

«Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt... sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus;

Et a veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur.....»

Ese tiempo ¿no es nuestro tiempo? Ese tedio y desprecio de la sana doctrina, ese erigir a montones maestros que sólo busquen halagar oidos y exacerbar pasiones, y como consecuencia y castigo, ese tener cerrados los oidos a la verdad y abiertos sólo a la fábula insensata que seduce y adormece..... ¿no es nuestro tiempo?

Pues ved la receta del Apóstol a su Obispo y en él a los que le sigan y obedezcan.

«Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ.»

---

(1) Cap. IV, 5 y siguientes.

Ministerium tuum imple...

Estar vigilante, trabajar con constancia, hacer obra de evangelista y como fórmula y compendio de todo eso, *cumplir en todos sus pormenores con el propio ministerio*, es el remedio, *esa es la parte del Sacerdote*.

Y no dejan de tener una especial significación las dos últimas palabras de ese mismo versículo: *Sobrius esto*.

Es la sobriedad del espíritu, no la del cuerpo, la que aquí se recomienda, es la calma llena de sabiduría que es necesaria a los pastores de almas en los periodos de crisis y turbación.

La consigna

Amadísimos Sacerdotes seculares, los que os sentáis en las primeras sillas de la Catedral como los que pastoreáis la apartada aldea, no como inculpación contra transgresores, sino como excitación a lo más y a lo mejor, que empiezo por dirigirme a mí mismo, recibid y guardad en vuestros corazones esta sola palabra que os doy como consigna, para esta hora tan llena de confusiones que exaltan, como de pesimismos que acobardan y deprimen, en esta hora, no sé si de ocasos funerarios o de auroras misteriosas: *Ministerium vestrum implete*.

En nombre de Jesucristo que os *eligió* y *puso*, de la Madre Iglesia que os necesita, de la sociedad que al fin y a la postre os echará de menos, de las

almas paralíticas que claman por el hombre que las haga andar, de los pequeñuelos que *piden pan*, de vuestros propios intereses, los espirituales y aun los terrenos.....

¡Guerra a la huelga de las manos consagradas!

¡Cumplid vuestro deber!

¡Todo *el deber, el de justicia y el de caridad!* Y después....., ¡Esperad tranquilos!

VI

Arte del más eficaz apostolado

El apostolado por medio de la Eucaristía

Negaría mi historia de Sacerdote y de Obispo del Corazón Eucarístico de Jesús, cerraría los ojos a la evidencia, haría traición a lo que debo a Dios y a mis hermanos, si en este breve y familiar tratado de *artes de apostolados,* yo no colocara como el más eficaz en sus resultados, el más probado por muchos y por mí y el que hoy evidentemente quieren el Corazón de Jesús y la Madre Iglesia que se emplee, no con exclusión, pero sí con preferencia a todas las demás artes apostólicas. Me refiero al *Apostolado por medio de la Eucaristía.*

Decíame un muy amigo mío, que parece que Jesús, cansado de verse tan mal defendido por los hombres, se ha puesto El mismo en su Eucaristía a defenderse.

Es lo cierto, que si los triunfos de la Iglesia han sido siempre de algún modo eucarísticos, los triunfos de hoy, no lo son de algún modo, sino de todos los modos y bajo todos los aspectos eucarísticos.

Y, aunque puedo asegurar, y Dios sea por ello

bendito, que cuanto tengo escrito y hablado en mi vida sacerdotal, de un modo o de otro, todo se reduce o encamina a exponer la necesidad urgentísima, los procedimientos prácticos y frutos ópimos de ese arte del apostolado por la Eucaristía, quizás la carta pastoral, que como programa de mis Sacerdotes y mío, publiqué al tomar posesión de la Silla de Málaga, represente más al vivo la necesidad y los modos de *eucaristizar*, y valga la palabra, todos nuestros ministerios y obras de celo.

De esa carta entresaco:

PAZ Y SALUD

Sustinui... qui consolaretur et non inveni. (Ps. LXVIII, 22).

Busqué... quien me consolara y no lo hallé.

....

El nombre, la queja y el anhelo

...¡Cómo se nos viene a la memoria en este momento de angustiosa pobreza una palabra que oimos al venerado Cardenal Spínola, glorioso pontífice de esta Iglesia y Padre nuestro queridísimo, de quien recibimos los sagrados Ordenes y nuestro cargo de Arcipreste de Huelva!: «Yo no sé hacer grandes cosas, pero sé sacrificarme por mis hijos.»

Y con esas palabras, que queremos hacer nuestras, porque son programa completo de un pastor y

cifra de cuanto por su pueblo puede hacer, y éste esperar, deberíamos poner punto a nuestra presentación, si no fuera porque nos parecería que hacíamos traición a nuestra conciencia y a nuestra historia, si no aprovecháramos esta primera página que, como Obispo propio, escribimos, para estampar en ella un *nombre*, una *queja* y un *anhelo*.

Ese nombre es el *Corazón de Jesús Sacramentado*.

Esa queja es el *sustinui qui consolaretur* que perennemente profiere desde su Sagrario.

Y ese anhelo, el quitar el *non* que sigue a la queja y precede al *inveni* con que termina.

Entre ese nombre, esa queja y ese anhelo, y sólo entre ellos, queremos y pedimos de todos los modos que sepamos querer y pedir, que se mueva y se desenvuelva toda nuestra vida y nuestra acción de Obispo.

El lema

Ese *sustinui* es el lema de nuestras armas y a él hemos consagrado nuestra pluma, nuestra lengua, los entusiasmos de nuestro corazón y los alientos todos de nuestra vida, y fuera de ese lema o no ordenado a él, no queremos dar un paso, ni proferir una palabra, ni exhalar un sólo aliento.

La queja del Corazón de Jesús

: y el anhelo de su Obispo :

Y porque no hay queja como esa queja que más

males deplore, ni anhelo como ese anhelo que más bienes procure, y porque somos padre y a fuer de tal estamos dispuestos a dar la vida por ahorrar males y traer bienes a nuestros hijos, firmemente creemos que con la exposición de esa queja y de ese anhelo damos a conocer a éstos de una vez para siempre, todo el mal que podremos evitarles y todo el bien que podremos acarrearles, si Nos ayudan a apagar aquella queja y a satisfacer este anhelo.

Ojalá lean estas páginas escritas con cariño del alma más que con tinta, todos nuestros hijos, todos, los sacerdotes y los seglares, los buenos y..... no podemos decir los malos, que para un padre, que quiere ser bueno, no hay hijos malos.

I

LA QUEJA

Solus ibi... (Math. IV, 23)

Hace veinte siglos que Jesucristo vive con sus hermanos los hombres en la tierra, en las casas, ricas o pobres, decorosas o indecorosas, que éstos tienen a bien prepararle. Y en cada uno de los días de esos veinte siglos ¡qué triste es decir esto! las puertecitas de esas casas más veces han sido traspasadas por lamentos que salen de dentro que por alabanzas y caricias que entran de fuera. En cada una de las horas de esos días y de los minutos de esas horas y de los segundos de esos minutos el Corazón de ese Huésped divino que está allí, no en

símbolo ni en figura, sino en realidad viva y palpitante, no ha dejado de irradiar luz, calor, salud, paz y virtud de resurrección y vida sobre cada uno de sus vecinos y ¡sigue la triste confesión! en la mayor parte de esos segundos, minutos, horas y días no llegan en justo homenaje de agradecimiento ni un acento de cariño, ni un gesto de correspondencia, ni una mirada de respuesta.

Solus ibi.....

Con el mismo rigor de verdad que S. Mateo (1) escribió esa desgarradora frase de Jesús en la tarde del día de la multiplicación de los panes y los peces, podría esculpirse sobre el polvo y la verdina de las paredes de no pocos Sagrarios cristianos... ¡Jesús solo!

Y ¡más que solo!

Relicto Eo...

Sola está la madre en su hogar mientras el hijo parte a tierras lejanas a ganar para los dos el pan que la tierra propia les niega..... Pero esa no es la soledad de Jesucristo Sacramentado; sus hijos no están con El, porque en el Gethsemaní de sus agonías *han huído abandonándolo...* Es ¡abandono! Y ¡qué abandono!

El se hizo en el Sagrario *Evangelio vivo* para alumbrar con luz del cielo los pasos de los hombres por la tierra, y los hombres, amando más las tinieblas que la luz (2), ¡desconocen y desprecian el Evangelio y el Catecismo...!

(1) Math. XIV, 23.
(2) Joan. III, 19.

El se hizo en el Sagrario *Alimento* para saciar todas las hambres y robustecer todas las flaquezas, y los hombres, suicidas o locos, siguen pretextando excusas para no comulgar....!

El se hizo en el Sagrario *Maná escondido*, para que los que lo *gustaran* con el paladar de una piedad rendida y sólida, vieran lo bueno y suave que es el Señor, y los hombres, ¡obstinados en saborear desabridas ollas de Egipto!

El hizo de sus Sagrarios tronos de su Divinidad y de sus templos alcázares de su realeza, y los hombres ¡no le dan adoración ni reverencia, ni obediencia ni compañía....!

El se hizo en el Sagrario *Providencia* de nuestros días y de nuestras noches, y los hombres, tan indigentes y pobres, ¡empeñados en no contar con El....!

El se hizo en el Sagrario *Ejemplar* de hombre perfecto y modelo de toda virtud, y los hombres ¡casi no han empezado aun a copiar, ni a entender un sólo rasgo....!

Sui Eum...

Y cuenta que no son gentiles, ni judíos, ni herejes los que abandonan, que éstos podrán negar, desconocer, pero abandonar, nó. Son los cristianos, los confidentes, los consagrados, *los suyos*, los que creen, los que fueron alguna vez y quizás sigan yendo con el cuerpo, pero dejándose el alma y el gusto y el interés del cariño fuera, muy fuera, allá en el negocillo de metal, en el medro de ilusión, en

el placer de tierra, en el honorcillo de barro...., ¡éstos; éstos son los que de verdad abandonan.

Creen firmemente quien es El que está en el Sagrario, lo que desea y ofrece, y no obstante, se encierran en una inconsecuencia sin ejemplo entre las inconsecuencias humanas y en una dureza de corazón tan no usada en las relaciones entre los hombres, y crean para Jesús Sacramentado, Dios, Rey, Señor, Padre, Hermano, Amigo y Huésped un trato inferior al que se da al último mendigo, por no decir que está aun más bajo que el concedido al perro de la casa.

Si inimícus meus maledixisset mihi..... ¡Si fuera el hombre enemigo el que hiciera esto con él! pero tú, *homo unanimis?*.... pero tú el que comes de su misma mesa....?

El dolor sobre todo dolor

Y como ese Jesús abandonado es un Jesús vivo con todas las grandezas, excelsitudes e infinitas harturas de un Dios, ¡es verdad! pero con todas las exigencias y necesidades de un hombre con ojos para mirar, sonreir y derramar lágrimas, con manos para dar, bendecir y atraer, con brazos para estrechar, con boca para hablar, con oídos para oir y con corazón para querer y estremecerse de emoción en la correspondencia del amor; como es un Jesús *tan hijo del hombre* el Jesús de nuestros Sagrarios, al verse en ellos sin miradas con las que cambiar las de sus dulces ojos, sin manos que llenar de la abundancia de las suyas, sin pechos ni cabezas que

estrechar, sin oídos que escuchen, ni bocas que hablen, ni corazones que se le pongan cerca, y todo esto ¡repetido por El y por nosotros en cada uno de los miles y miles de Sagrarios que se han levantado sobre los altares de la tierra durante veinte siglos de cristianismo! Como hombre que es, se pone triste y ¡se queja! ¡Sustinui...!

¡Busqué..... quien me consolara y no lo hallé!

¿Conocéis desprecio como ese desprecio, abandono tan largo en su duración, tan intenso en su malicia, tan variado en sus formas, tan sostenido en su fondo al par que tan horriblemente injusto para el Abandonado y tan incalculablemente funesto para los que abandonan....? ¿Conocéis un dolor sobre ese dolor....? ¿Conocéis queja más misteriosamente lúgubre que el *Sustinui*..... del Sagrario?

II

EL ANHELO

A la vista de ese dolor, que pesa de modo misterioso e incomprensible por su estado de gloria, pero verdadero, sobre Jesús Sacramentado ¿qué hacer?

¿Cruzarnos de brazos, encogernos de hombros y..... seguir nuestro camino?

El Evangelio no se sorprendería, porque ya ha visto pasar hombres silbando por delante de Jesús agonizante en la Cruz..... ¡pero la justicia, la gratitud, el más elemental sentimiento de humanidad se estremecerían de espanto....!

Nó, ante ese dolor de un Jesús tan nuestro, y

después de todo causado por nosotros y por amor a nosotros llevado, no cabe más respuesta que la reparación de nuestra compañía pronta, generosa y perenne manifestada en una *compasión* sin medida para lamentarlo y en una *acción* sin descanso por repararlo evitándolo o disminuyéndolo.

Ese es nuestro anhelo: *la compañía reparadora*

1.° por la *Compasión sobre toda compasión.*

2.° *por la Acción esencialmente eucarística.*

Compasión sobre toda compasión

¿No tendrá siquiera derecho, ya que no se le dió el amor, a que se le dé la compasión?

¿Y no merecerá esa queja derecho preferente de compasión entre todas las quejas que exhalen todos los doloridos de la tierra?

No creemos que ninguna boca cristiana y ¿qué decimos? ninguna boca tan sólo honrada, que admita siquiera hipotéticamente la real presencia de Jesús en el Sagrario, vacilara en conceder la supremacía en el derecho a la compasión de los hombres al Corazón de Jesús Sacramentado y abandonado.

¡Triste privilegio, en verdad, y primacía lamentable!

Esperad, pues, huérfanos y hambrientos de pan y de cariño, pobres explotados por la usura, obreros esquilmados por la codicia, mujeres ofendidas por esposos infieles, corazones heridos por la mordedura de la envidia o envenenados por la baba de la calumnia; esperad, duelos por hijos únicos muertos, amarguras por desilusiones de la vida, desespera-

ciones por ruinas de fortunas, languideces de enfermedades largas o incurables, desolaciones de la vejez, desencantos de la amistad inconstante; esperad llagas y penas, lástimas y miserias del alma y del cuerpo individuales y sociales de nuestros hermanos los hombres, que antes que a vosotros debemos el jugo de nuestras lágrimas, el interés de nuestras miradas, el auxilio de nuestras manos, la celeridad de nuestros pasos, las ternuras de nuestro corazón a una pena mayor y más acerba que todas vosotras, a un triste, más triste que todos los que devoráis esas penas, a una queja más fundadamente proferida, más injustamente ocasionada y más digna de ser prontamente atendida que vuestras quejas más sentidas y justas.

Esperad, sí, a que sea compadecido el perpetuo Abandonado del Sagrario. La justicia, la más alta y estricta justicia lo pide. Y vuestra conveniencia también; que en nadie como en los débiles afligidos y despreciados, a fuer de representantes suyos, redunda lo bueno o lo malo que por El se haga, y que mal pueden esperar estar de pie derechos de débiles y perseguidos mientras esté pisoteado el derecho y el deseo de Jesucristo Sacramentado, fuente y defensa de todo derecho, de ser conocido, comido, gustado, esperado e imitado.

¿Extrañáis, pues, ahora, A. H., que en medio del trágico concierto de lamentos que al mundo actual arrancan tantos problemas, luchas, conflictos, injusticias y dolores, y más cerca aun de nosotros, en medio de ese cúmulo de necesidades y apremios de

orden intelectual, moral y económico que pesa sobre nuestra Diócesis, vuestro Obispo al lanzar su primer grito de padre que ve amenazados a sus hijos, al trazar su primera norma de gobierno, al bosquejar su programa de acción, enmudezca ante la gritería que levantan tantos dolores y recoja todas sus fuerzas y guarde el rubor de su vergüenza y la energía de su indignación y la amargura de su espíritu para que la primera vez que se presenta a sus hijos, éstos lo vean avergonzado, indignado y apenado de ese ludibrio sobre todo ludibrio, de esa injusticia, mayor que toda injusticia y de esa pena más acerba que todas las penas que se llama el *abandono del Sagrario?*

No queremos ni podemos aparecer ante vosotros de otra suerte.

Mucho nos duele la condición del pobre huerfanito, del pobre niño del arroyo, del pobre obrero, de la pobre viuda, de los pobres todos, y para cada uno de ellos queremos tener un bocado de nuestro pan, una prenda de nuestro abrigo, y lo que más vale, un lugar en nuestro corazón, una preocupación en nuestra solicitud y una preferencia en nuestros desvelos; pero por mucho que nos duela la condición de todos esos queridos pobres, nos conmueve incomparablemente más, hasta destrozarnos el alma, la triste condición del *pobre Jesucristo* en cada uno de sus Sagrarios.....

Para nuestros oídos no hay más que un quejido: *Sustinui..... qui consolaretur: Busqué quien me consolara..... y no lo hallé*, que está atravesando

constantemente las rendijas de las puerta desvencijadas de los Sagrarios abandonados.

Para nuestro corazón no hay, ni queremos que haya mientras lata, más que una ocupación, la de volcar constantemente el torrente de su compasión sobre ese dolor, más fuerte que todo dolor, que se llama: *Jesús abandonado*..... y no dar compasión a ningún objeto digno de ella sino después que a El, por El y en cuanto lo represente a El.....

La compañía reparadora por la acción esencialmente eucarística

Y para nuestras manos y nuestra boca y nuestra actividad toda, tampoco queremos más ocupación que ésta: Apagar la queja que arranca aquel dolor, llevando y procurando con toda urgencia consuelos al Pobre Abandonado del Sagrario.

¿Cómo?

Con una *acción esencialmente eucarística*, encaminada directamente y no como por accidente o de rechazo a cortar en su raiz los gérmenes de ese abandono; a saber, orientado *todo* nuestro ministerio a obtener o tratar de obtener que

El Evangelio vivo sea conocido.

El Pan vivo sea comido.

El Maná escondido sea gustado.

El Dios del Sagrario sea reverenciado.

La Providencia que en él vive sea tenida en cuenta.

Y el Modelo vivo que en él se exhibe sea copiado.

El Evangelio vivo conocido

¡Cuánto debe el hombre al Evangelio! Lo que sabe de Dios, de su alma y de cuanto más le interesa, a él lo debe. Ningún libro le puede enseñar tanto ni proporcionarle más elementos de felicidad verdadera.

¿Jesús se ha hecho en el Sagrario *Evangelio vivo?*

¿Se reproducen en su vida eucarística las enseñanzas y milagros de su vida mortal?

Pues ved aquí la que queremos que sea *primera* ocupación de nuestro ministerio: *predicar el Evangelio de la Eucaristía* y predicarlo no sólo con la lengua, sino con la pluma, el ejemplo y de todos los modos que pueda ser predicado.

¡Oh! ¡qué bien les hará a los hombres saber no sólo lo que hizo o dijo en su vida mortal hace veinte siglos, sino lo que hace y dice el Corazón de Jesús en su vida actual de Sagrario!

¡Qué bien les hará enterarse de que aquella mano que se posaba sobre los niños de Galilea y sobre los heridos y enfermos tendidos a orillas de los caminos, sigue levantada en cada Sagrario para caer bendiciendo sobre las cabecitas de niños presentados por sus padres y sobre todas las llagas y lástimas, y que aquellos ojos del dulce Nazareno siguen mirando a los Pedros que niegan y lloran, a las Magdalenas que pecan y ungen, a los ladrones

que piden perdón; que aquella augusta boca, que se abría en lo alto del monte, sigue predicando Bienaventuranzas de pobres de espíritu y de perseguidos por la justicia; (1); que aquellas sienes benditas siguen coronadas con punzantes espinas de blasfemias de hijos, y que aquel costado sigue abierto para dar entrada al mismo Corazón que hizo la Eucaristía y se dejó crucificar una vez en el Calvario y millones de veces en las aras consagradas!....

Ayudadnos, amados Cooperadores en el sagrado ministerio, a llevar con prisa al pueblo ese Evangelio de la Eucaristía; el pueblo ha dejado de sentir por Jesucristo aquella irresistible simpatía que le impelía a seguirlo, hasta olvidándose de la comida, porque ha dejado de verlo. Jesús y el pueblo se entienden con sólo verse.

Esta es la mejor obra de caridad individual y social que podemos vosotros y Nos hacer por el pueblo: mostrarle a Jesús, hacérselo ver ¿cómo? predicándole el *Evangelio vivo de la Eucaristía*, y predicándoselo con tal desnudez de pretensiones oratorias, con tal viveza de Fe, con tal persuasión de palabra y conformidad de vida a la palabra, que al eco de nuestra predicación, llegue el pueblo casi a oir y ver y sentir al Jesús de sus hasta naturales simpatías en la Hostia consagrada.

Esa enseñanza constante del Evangelio a niños y a hombres, a pobres y ricos auxiliada por la del

(1) Math. V., 3, 10.

Catecismo que es el *Evangelio explicado*, (1) y de la *Liturgia* que es el *Evangelio sentido*, devolvería al pueblo la noción verdadera del Sagrario que un Jansenismo de muchos estilos, que ha pasado junto a él, le ha ido obscureciendo y tergiversando.

¡El Sagrario *Casa paterna* más que *Trono empíreo* y que *Palacio real!*

Casa para vivir y no *armario* para guardar cosas, aunque sean muy ricas!

El Pan vivo comido

¡Qué poco se comulga! ¡Mensa Domini despecta est! (2).

A pesar de habernos tocado vivir en días de indiscutible reacción eucarística y de incuestionable reacción eucarística y de incuestionable superioridad de número de comuniones sobre los que nos precedieron, volvemos a exclamar: ¡Qué poco se comulga!

Pueblos y pueblos en los que se pasan meses sin que se abra el Sagrario, en los que se perdió la costumbre, a la vez obligación, de comulgar por Pascua, en los que hace años que no comulga ningún hombre, ni se administra el Santo Viático

(1) ¡Cuánto Nos viene gustando y edificando el proceder de nuestro Excmo. Cabildo y de no pocos Párrocos que, deferentes a un ruego que hace tiempo les hicimos, vienen cada Domingo y fiesta explicando o leyendo el Catecismo en las Misas rezadas a hora fija! ¡Cómo ansiamos ver extendido ese ejemplo por todas las Iglesias!

(2) Malach., I, 7.

a ningún enfermo, en los que..... ¡sabemos tantas cosas tristes....!

Y entretanto Jesucristo hecho *Pan de vida* en el Sagrario devorando la amarga contrariedad de no verse comido por sus hambrientos hijos.....

Entretanto las almas pasando del hambre a la anemia, de la anemia a la postración, a la agonía y ¡a la muerte por hambre! ¡a un paso del Pan de vida!

Párrocos y guardadores de Sagrarios, que pasáis por la dolorosa afrenta de tener que consumir cada semana las mismas Formas que consagrásteis la semana anterior y que nadie ha venido a buscar o recibir;

Sacerdotes todos a quienes duela ese sacrílego desaire que padece permanentemente ese *Pan* de vida no comido,

¿Vamos a echarnos por calles y plazas, por caminos y encrucijadas a buscar con todo el ingenio y todo el calor de nuestro celo comensales que llenen la *Mesa vacía* de nuestro Padre?

No regateéis incomodidades ni sacrificios, sentaos en vuestros confesonarios antes que salga el sol, para que los pobres y los ocupados puedan acercarse al Sagrario, y aunque nadie se acerque, sentaos siempre y prestaos de cuantos modos podáis para facilitar la aproximación de las almas al Sagrario.

Y ¿los niños? ¡Cómo le consuelan al Corazón de Jesús las Comuniones ingenuas y limpias de los niños!

¡Qué pena nos ha dado al saber que en algunos

pueblos o parroquias por la escasez o la enfermedad o la vejez de los Sacerdotes, los niños tienen que contentarse con visitar al Señor sin recibirlo, porque no encuentran quien los confiese!

Y ya que de Comunión de niños hablamos, aprovechamos la ocasión para dirigir un ruego con todo el interés de nuestro corazón a los buenos Maestros católicos de nuestra Diócesis, Religiosos y Seglares, a saber: *que siembren en el alma de sus alumnos muchas Hostias consagradas*..... Mientras más abundante y prematura sea esa siembra, más arraigadas quedarán en esas almas las otras siembras de sus buenas enseñanzas.

No, no quisiéramos que se contentaran con la Comunión anual, ni aun con la mensual, sino que se tendiera a la semanal sin parar hasta llegar a la diaria.

Dificultades tiene, lo sabemos; pero también sabemos que un celo ilustrado e ingenioso las vence, así como que quedan muy compensados los esfuerzos por vencerlas con el precioso y rico fruto que se obtiene con esas Comuniones infantiles en la formación del carácter, en la conservación de la pureza del alma y hasta en el despejo de la inteligencia y en la robustez del cuerpo.

Ut impleatur domus mea. ¡Que se llene la Casa, ya que no de hijos mayores, que no quieren ir, de los pequeñitos!....

¡Que no quede ni una migaja de Pan partido y sin comer en la Casa de nuestro Padre! Que eso es pena honda y desprecio amargo para El y enfermedad y muerte para nosotros.

El maná escondido gustado

Jesús comido es sostén; Jesús saboreado, regalo y dulzura de exquisita miel sobre todas las mieles labradas en las colmenas de la tierra.

Como más que explicación razonada de ideas, estamos haciendo índice de deseos del Corazón de Jesús y anhelos del nuestro y modos de satisfacerlos, nos contentaremos con repetir aquí las palabras de S. Bernardo cantando las excelencias del dulcísimo Nombre de Jesús.

Jesu..... in aure dulce canticum,
In ore mel mirificum,
In corde nectar cœlicum.

Eso es Jesús tratado en la intimidad de su vida eucarística, *mirado despacio* con los ojos de la Fe viva y tratado familiarmente en la meditación afectuosa y paladeado en la acción jugosa de gracias de Comuniones bien preparadas. *Miel* en la boca que se abre para contarle penas y gozos, esperanzas y temores, aspiraciones del alma, arrepentimientos del corazón y alabanzas y agradecimientos.

Melodía regalada en el oído, que se pone a escuchar la respuesta, que más que con su boca con su Corazón da, a lo que contó o preguntó nuestra piedad.

Júbilo inefable en el corazón, que después de saborearlo, ya no sabe desear otra cosa ni suspirar más que por El.

Y, sin embargo, ¡qué poco se habla con Jesús Sacramentado!

Y más todavía ¡qué pocos de los que le hablan se ponen a escucharlo!

Ved aquí, queridos cooperadores, otro nuevo campo para vuestro celo y otra gran cosecha de consuelos que preparar para el Abandonado del Sagrario.

Comencemos nosotros por llenar nuestra boca de esa rica miel y nuestro oído de esa melodía y nuestro corazón de ese júbilo inefable, y lo que nos rebose, dejémoslo caer sobre las almas cuya dirección nos está encomendada.

¡Ah! no os déis por contentos con que vuestras Iglesias estén concurridas, vuestras Misas oídas y vuestros sermones escuchados; no descanséis hasta establecer *el diálogo* familiar e íntimo entre el Jesús de vuestros Sagrarios y cada una de aquellas almas; ni creáis que no tenéis nada que hacer entre los contados fieles que acuden, mientras quede, una viejecita o un niño, a quien enseñar a estar sin aburrirse en el Sagrario.

Tenemos motivos, y no Nos referimos ahora a Diócesis o lugares determinados, para declarar lamentándolo con todo el corazón que el mundo actual de las almas padece crisis horrible de Directores y padres espirituales. Son legión las almas desperdiciadas, desaprovechadas, inutilizadas, frustradas, desorientadas que yacen alrededor de la *piscina* esperando al *hombre* que les dé la mano.

Y cuenta que no hay que pensar en formar *núcleos de escogidos* sobre los que fundar confiadamente la reacción o resurrección moral y social

de tantos pueblos muertos o agonizantes en la Fe, sino es entre las almas que sepan hablar, escuchar y saborear a Jesús Sacramentado.....

¡Maná escondido de nuestros Sagrarios, enséñanos a saborear!

Y aquí faltaríamos a la justicia si nuestra mano no consignara una palabra agradecida de bendición y aliento a nuestros *Misioneros Eucarísticos Diocesanos* que tan a gusto de nuestros amadísimos Párrocos, a quienes con toda voluntad sirven, y del Corazón de Jesús y nuestro, van por los pueblos despertando hambres de Sagrario y regalando a las almas con las dulzuras inefables que les descubren y dan a gustar.

Dios reverenciado

En medio de sus humillaciones y anonadamientos de Sagrario el Jesús que en él mora es Dios.

Y a Dios se debe adoración rendida y culto decoroso.

La tinta de nuestra pluma no es suficientemente negra, ni el acento de nuestra pena es bastantemente amargo para pintar y llorar cómo está Dios tratado en muchos Sagrarios y templos cristianos.

Unos techos que dejan pasar las aguas y los vientos, unos muros despintados, grieteados e inclinados como bajo el peso de una afrenta, un altar apolillado, mal remendado y peor adornado, un Sagrario ¡Señor, en qué casas os han visto nuestros ojos! desvencijado, unos ornamentos descoloridos y rasgados, el coro sin órgano ni aun un

modesto melódium, los cargos de sochantre y sacristán vacantes, porque ganan más los hijos del pueblo guardando cerdos que desempeñándolos.....

¡Señor de la gloria, Dios nuestro! ¿no es eso y a las veces peor que eso lo que te dan tus ¡hijos! en muchos templos?

Y ¡claro! las solemnidades litúrgicas, las augustas ceremonias, los suaves atractivos del culto externo y de la música sagrada ¡ni conocidos siquiera!

¡Cuántas quejas y cuántos planes de remedio nos suscita esa postergación y ese maltrato de Dios en su propia casa!

Estampando aquí con toda la fuerza de nuestra mano la más enérgica protesta contra tamaño ultraje, que tanto Nos viene doliendo, y dejando para otra ocasión el planteamiento de proyectos que devuelvan a la Casa y al culto de Dios su decoro, Nos limitamos ahora a pedir con todas las veras de de nuestra alma a ese Dios deshonrado de nuestros templos ruinosos, que haga renacer en el alma de los feligreses de cada Parroquia, singularmente los preferidos de la fortuna, la conciencia de sus deberes para con su clero pobre y para con su culto y su templo paupérrimos y que desaparezca de entre los pueblos ¡cristianos! ese espectáculo sacrílegamente bochornoso de que la casa más pobre, descuidada y arruinada sea ¡la casa de Dios!

Queremos, sin embargo, aprovechar esta ocasión para agradecer a nuestro Excmo. Cabildo el ferviente empeño con que ha emprendido la reforma

del Canto litúrgico y a los celosos Párrocos y Superiores y Superioras de Pensionados que con los niños, alumnos de éstos o de sus Catequesis van cooperando a esa reforma tan deseada, organizando *Sholas cantorum* y llevando al pueblo al gusto y a la práctica de la Sda. Liturgia.

La Providencia con que se cuenta

Si tuviéramos viva la Fe, y si no la tuviéramos como localizada en un rincón de nuestro entendimiento sin llenarlo todo entero y sin bajar a nuestro corazón y hasta a nuestros nervios circulando por todo nuestro ser espiritual, como la sangre circula por nuestro ser físico; si fuéramos consecuentes con nuestra Fe en la presencia real de Jesucristo en nuestros Sagrarios: ¡Cómo deberíamos pensar, querer, sentir y proceder de manera distinta a la en que pensamos, queremos, sentimos y procedemos!

El nacimiento de un hijo, el advenimiento de un pariente, la visita de un huésped pone a los de la casa en trance de contar con El. Más aun; somos por naturaleza tan indigentes, que nos interesa y hasta nos preocupa el rayo de sol que nos abriga, el sorbo de agua que nos refresca, la mirada afable y la palabra graciosa que condimenta con alegría las seriedades de nuestra vida, y hasta tal punto llegan a influir en nuestro espíritu estas y otras pequeñeces, que la privación de cualquiera de ellas lo pone a las veces tan triste y variado, que le fuerza a enjuiciar de modo opuesto al que le dictaría la razón serena.

Llena está la historia de grandes hazañas y catástrofes espantosas producidas, al parecer, por la acción de grandes causas, y en realidad por la de esas pequeñeces.

Y ahora Nos preguntamos: La estancia de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, con todo su poder de Dios y toda su ternura de Corazón de Hombre, el que hace nacer cada mañana su sol para buenos y malos y provee de alimento abundante a las aves del cielo y de vestido misterioso a los lirios del campo (1), la estancia de Jesucristo, repetimos, en donde quiera que se reune un puñado de hombres ¿no merece ejercer influencia en la vida de éstos? ¿No merece siquiera que cambie un poco el gesto de sus caras, el enjuiciar de sus entendimientos, el aficionarse de sus corazones...?

Si hay un resto de lógica y de rectitud y de instinto de conservación en esos hombres, lo menos que pueden hacer con ese Jesús que se viene a vivir con ellos y a dormir bajo sus mismos techos es ¡fiarse de El! ¡contar con El!

¡Ay, hermanos queridísimos!, ¡qué poco, qué nada se cuenta con Jesús Sacramentado!

¡Qué hartos estamos de ver y oir a los ¡cristianos! y a los ¡más íntimos! ajustar sus cuentas en pagano, lo mismo que si El no existiera! ¡Lo mismo que si no estuviera repitiendo casi al oído de cada uno en su Sagrario: ¡primero *el reino de Dios!* y dispuesto en cada momento a cumplir su promesa!: *¡después, las añadiduras!*

(1) Math. VI, 26, 28.

¡Cómo le dolerá verse influir menos que el rayo de sol, el sorbo de agua, la mirada de un transeunte...!

Y porque se ajustan así las cuentas, con absoluta prescindencia de El, sin miras sobrenaturales y sólo con matemáticas terrenas, que son siempre egoistas, ¡qué raquiticas *sumas totales* arrojan nuestras mismas obras de caridad y de celo y de acción social y de propagandas buenas...!

¡Ah! si nos fiáramos del *Evangelio vivo* del Sagrario, ¡cómo no habría que lamentar tanto laicismo en obras católicas y tanto trabajar sin fruto y moverse sin orientación y luchar por pasión y buscar auxilios en vano en obras de Dios, por no contar con Dios!

El modelo copiado

Y llegamos, A. H., a la última forma del abandono del Sagrario que Nos propusimos dar a conocer y a remediar y que es a su vez la última razón de todos los abandonos hasta ahora denunciados y llorados.

Jesús nació para ser Maestro...

Maestro fué en su vida mortal y Maestro sigue siendo en su vida eucarística. Y ¡cosa extraña! siendo la *Palabra de Dios*, ha querido manifestarse Maestro más veces y más tiempo por su ejemplo que por su palabra.

De los treinta y tres años de aquella vida, treinta obra, y tres sin dejar de obrar, habla.

En los siglos y siglos de su vida de Sagrario sólo obra, siempre calla.

Verdad es que las lecciones, o mejor, la única lección que las comprende todas, que ese Maestro soberano tiene que dar al mundo, es más para enseñada con obras y en silencio, que con ruido de palabras.

La lección única

Esa lección se reduce a esto: a que el hombre lleve su amor a Dios sobre todo y a los prójimos por El hasta el desprecio de sí mismo, esto es: el *reinado del amor a todos sobre la humildad de cada uno.*

Y decimos que esa es la *única lección,* porque ella sola basta y comprende todas las demás.

Si todo pecado y toda subversión del orden, tanto moral como social tiene su principio y su raiz en la soberbia, y toda soberbia es egoismo, la lección que más urgentemente necesita el hombre, para rehabilitarse en el orden, es lección de caridad y de humildad.

Son ellas las que lo colocan aun socialmente en su puesto ante Dios y entre los hombres y sin ellas son miembros dislocados o amputados del cuerpo social, que bien pronto se gangrenarán y contagiarán a sus vecinos.

Sociedad, nación, pueblo, familia, individuo, que no se asiente sobre esos dos sillares de la caridad y de la humildad, tal como las predica la Madre Iglesia, estarán condenados a desorden perpetuo, inestabilidad perenne y constante amenaza de ruina, y a no llegar jamás a hacer paces duraderas ni con

la justicia, ni con la libertad, ni con el respeto al derecho.

El Maestro único

No hay más Maestro que Jesucristo. El es el sólo Maestro; ningún otro cuenta con la autoridad con que El manda, con los auxilios con que puede hacerse obedecer, ni con la sanción que puede imponer.

El Magisterio de su palabra se lo ha confiado a su Iglesia visible, el del ejemplo se lo ha reservado para ejercerlo en su cátedra silenciosa del Sagrario.

Y ¡qué Pedagogía la de este Maestro!

Para enseñar *con obras* caridad, inventa la traza de *darse* en cada Hostia consagrada a cada hombre que le busque, y para enseñar *con obras* humildad, *se da en silencio* lo mismo al bueno que al malo, al agradecido como al ingrato, al que le alaba como al que le maldice, al que viene como al que abandona...

Ese, ese es el gran Maestro, esa la gran lección, ese el gran Modelo que los hombres y los pueblos necesitan copiar para que vuelvan a ser justos y rectos, y así se conserven.

Esa es la grande, la divina Pedagogía, la no entendida Pedagogía del Sagrario: el Maestro Jesús hecho *Hostia callada* para enseñar intuitivamente a los hombres a dar mucho sin pedir ni esperar nada, a entronizar su amor silencioso al prójimo sobre las ruinas de su orgullo charlatán, absorbente y dominante y de esta suerte hacer imposibles todos los conflictos y todas las contiendas entre aquellos.

Ahora una sola pregunta os dará la clave de los abandonos de Jesús en su Sagrario.

¿Reinan la caridad y la humildad entre los hombres? o mejor, ¿son caritativos y humildes los hombres?

La respuesta la hallaréis en el número de los que frecuentan el Sagrario.

El único por qué

¿Os explicáis ahora el misterio del abandono del Sagrario? ¿Véis por qué *Jesús Evangelio* no es conocido, *Jesús Pan* no es comido, *Jesús maná* no es saboreado, *Jesús Dios* no es reverenciado, *Jesús Providencia* no es tenido en cuenta?

Por esto sólo: porque *Jesús-Modelo* de caridad y humildad no es imitado.

¡Los hombres se obstinan en hacer lo contrario: El ama a los demás hasta el anonadamiento de sí mismo!

El hombre se ama a sí mismo hasta el aniquilamiento de los demás.

Y ved aquí toda la transcendencia de ese mal del abandono, que para muchos es mal para ser deplorado y sentido sólo por almas pías o espíritus muy elevados entre las sombras del Santuario y cuyos efectos *sólo* se hacen sentir en un orden puramente ascético.

Ese mal del abandono del Sagrario empieza por

poner en los labios del Maestro dulce el más amargo de los desaires para que perpetuamente los esté probando, pasa por las caras y las almas de los que *empiezan a irse*, como aire de infierno que marchita, calcina y endurece y acaba por poner en la mirada de los *que se fueron* el desdén o la fiereza del orgullo, en la cara el gesto afilado de la envidia, en el corazón el amargo acibar del odio, en las entrañas todo un infierno de rebeldías, egoismos, tiranías, enconos, venganzas insaciables..... Superbia eorum qui te oderunt ascendi, semper. (Ps. LXXII, 24).

Amor callado, silencio solemne del Sagrario cristiano ¡cuánto haces y enseñas! ¡bienaventurados los que te entienden y se abisman en tus misterios! *Ascensiones in corde suo disposuit*..... (1).

Compañia que acompaña

¡Caridad y humildad! Estas son las lámparas con las que quiere estar perpetuamente alumbrado en sus Tabernáculos el Jesús de la *Hostia callada*.

Esa es la compañía que de verdad le acompaña; y si lo que de El sabemos, comemos y gustamos y lo que en El reverenciamos y lo que con El contamos no lo convertimos en aceite que alimente esas lámparas, si *nuestro ir al Sagrario no nos hace vivir más para el amor cada vez más fino y abnegado de los hermanos y morir a nuestro amor propio*, ¡recelemos! nó de lo que se nos da, sino

(1) Ps. LXXXIII., 6.

del modo como lo recibimos y lo usamos, y ¡oigámoslo bien! lo que dábamos por compañía, no lo era: nos engañábamos o tratábamos de engañarlo a El..... ¡Jesús seguirá sintiéndose abandonado y profiriendo su queja: SUSTINUI....!

. . . .

Tibi derelictus est pauper

El tesoro de un Obispo son sus pobres y el cuidado de ellos su negocio preferente. El Padre celestial se los ha confiado.

Al Obispo dice mientras mira a cada uno de los pobres de su Diócesis:

«A ti se te ha dejado el pobre, tu serás el ayudador del huérfano.» Ps. IX, 35.

Ved aquí A. H., en qué queremos emplear nuestra vida de Obispo.

El Corazón de Jesús, el Pobre más necesitado de cuántos pobres se Nos han confiado se queja mucho de verse abandonado en sus casas de la tierra.

Nos queremos que cada paso que demos, cada palabra que pronunciemos, cada gota de sudor que derramemos, cada aliento de nuestros pulmones, cada palpitación de nuestro corazón en cada uno de los días que Dios sea servido de tenernos entre vosotros sean otros tantos consuelos que respondan a esa queja.

Nos quisiéramos que cada día de nuestro Pontificado se señalara por una disminución de motivos de quejas.

¡Qué felicidad la nuestra si pudiéramos cerrar nuestro balance de cada año con esta fórmula: *Este año se ha quejado menos Jesús Sacramentado.....*

Y Vosotros, pobres de nuestra tierra, niños sin madres, compañeros de abandonos y representantes del pobre Jesucristo, desvalidos sin protección, enfermos sin esperanzas, esperadnos también, que no acertamos a separarnos de vuestro augusto Representado. ¡A vosotros vamos, pero un poco después que a El! que es preciso que los ojos que os van a mirar y las manos que os van a levantar y las bocas que os van a consolar y los corazones que os van a compadecer se unjan antes con el aceite bendito de la compasión del Sagrario abandonado, que esa unción dará multiplicaciones infinitas de virtud y santas fecundidades al interés de aquellas miradas, al poder de aquellas manos, al acento de aquellas palabras al calor de aquellos cariños.....

Con quien contamos

Venerables Sacerdotes seculares y regulares, hermanos de nuestro corazón y cooperadores de nuestro Ministerio, querido seminario, niña de nuestros ojos, relicario de nuestras más acariciadas esperanzas, fragua de corazones apostólicos y escuela de consoladores de Sagrarios, carísimas Religiosas, *Marías* y *Martas* de las Betanias en que descansa y se recrea Jesús, Hermandades y Asociaciones de culto para Dios y de caridad para con

sus pobres, fieles todos queridísimos, hijos de la Virgen de la Victoria, con el auxilio del Corazón de Jesús y el vuestro contamos. El suyo estamos cierto que no Nos falta. ¡El Nos ha puesto aquí!

¿Nos faltará el vuestro? También estamos cierto que no Nos faltará.

La docilidad pronta, la generosidad larga, y ¿por qué no decirlo? el cariño sincero con que habéis acompañado al Obispo Auxiliar y al Administrador Apostólico son prenda y augurio de la cooperación dócil, generosa y afectuosa con que váis a acompañar al Obispo propio.

Corazón de Jesús de cada uno de los Sagrarios malagueños, espéranos; tu pueblo y tu Clero hacia Ti vamos...:. para que te quejes menos.... para que no tengas de qué quejarte más.....

Madre Inmaculada, Patrona de la Diócesis y Madrina de su Obispo, Camino de los que van a Jesús y Victoria de los que por El trabajan, Patriarca San José, Santos Patronos Ciriaco y Paula, San Patricio, glorioso Predecesor nuestro, B. Diego de Cádiz, Apóstol de nuestra tierra que dejaste regada con tus sudores y enjoyada con tus restos venerados, Santos Angeles de la Guarda de la Diócesis y de cada uno de sus pueblos y de sus hijos, Bienaventurados de la gloria nacidos en solar malagueño, enseñadnos a ir, a estar y a no volvernos.

¡Que no llore Jesús Sacramentado más abandonos de hijos!

Et...!! inveni

Hermanos e hijos queridísimos, Vosotros y Nos hemos un día de dar cuenta de nuestros actos a Dios, Juez inapelable de vivos y muertos.

Por disposición soberana de ese Juez, los pobres y abandonados de la tierra serán nuestros testigos, y lo que por ellos hayamos hecho o dejado de hacer, la causa de nuestro juicio.

Busqué quien me consolara en mis Sagrarios y en mis pobres... se ha de decir en aquel instante supremo, del que penderá nuestra eternidad, por los mismos labios del que tantas veces se quejó en nuestros Sagrarios y por la boca de sus pobres.....

¿No Nos gustará oir de esos mismos labios, dirigiéndose a cada uno de nosotros..... Y LO ENCONTRÉ?

Amén, amén, amén.

VII

El Apostolado por medio de la Eucaristía puesto en marcha.

Conozco dos obras que por los años de vida y por los triunfos verdaderamente colosales y, hasta diría, milagrosos obtenidos, bien merecen citarse, como comprobación incontestable de lo que puede cerca del Corazón de Jesús y de los corazones humanos, aun los más duros, el apostolado por medio de la Eucaristía dada a conocer, amar, gustar, comer, imitar y desagraviar.

Esas dos obras son la de las *Marías y Discípulos de S. Juan de los Sagrarios Calvarios* y la de los *Misioneros Eucarísticos diocesanos.*

Por lo conocida y extendida que está la primera, prefiero detenerme en estas páginas, dando a conocer la índole y marcha de la otra, mucho menos extendida y conocida.

Los párrafos de una pastoral mía del primer Viernes de Febrero de 1918, os dirán *Cómo nació la Obra de los Misioneros Eucarísticos diocesanos.*

«Lo que vamos descubriendo

Médico y padre más que legislador, vamos recorriendo los pueblos con oídos y ojos abiertos

para descubrir enfermedades y ¡ay! ¡cuántos Sagrarios han oído los gemidos que a nuestro corazón han arrancado la vista de tanto enfermo y ¿por qué no decir la verdad? tanto muerto del alma!

Sí, a través de las férvidas y, más aún, delirantes demostraciones de cariño con que Nos reciben los pueblos que visitamos, reveladoras, sin duda alguna, de lo arraigado y añejo de sus creencias, y de la hidalguía de sus pechos y aun a pesar de su índole festiva y graciosa, y formando contraste con la belleza y esplendidez del paisaje hemos adivinado que padecen una *gran inquietud* o una *gran tristeza.*

¿La causa? La hemos indagado. Verdad que nuestros pueblos padecen mucha falta de pan como consecuencia de la pobreza de la tierra y de la exageración de los tributos. Pero no es esa toda la causa, hemos hallado otra más honda y más eficaz.

Nos la han revelado la pobreza rayana en la miseria y el estado de ruina o peligro de ella de la *mayor parte* de los templos que visitamos, la escasez en que vive el *único* sacerdote de pueblos de *dos, cuatro* y *seis mil* almas, obligado a sustentarse casi exclusivamente de exigua nómina oficial y sin contar apenas con un estipendio de Misa, la falta de solemnidad del culto por no poder costear cantor, ni órgano, ni organista, la ausencia casi completa o la languidez de vida de asociaciones religiosas o de caridad, y de otras organizaciones católicas de propaganda y, lo más triste, el número tan reducido de fieles, no que comulguen diaria o

frecuentemente, que esto no se conoce en hartos pueblos, sino que cumplan con el precepto de los días festivos y Pascual.

¿Hablar o callar?

Triste es el cuadro en verdad y quizás parecerá a alguno que fuera más prudente no sacarlo a la luz; pero lo estimamos tan verdadero como digno de ser conocido.

Tratárase de un mal que se curara con lágrimas y lamentaciones y ya lo habríamos curado con tantas como nos viene costando; pero no es así; es un mal de muchos y en el que muchos tienen su parte.

Trátase de un mal de muchas gentes extendidas en muchos pueblos, y, así como la indolencia, el mal ejemplo, el descuido, la transgresión descarada, las condescendencias con las malas propagandas de no pocos de los de arriba tienen gran parte en esa desobediencia y olvido del deber en que viven los de abajo, también en esa obra de reforma, de resurrección espiritual hácese preciso la cooperación de muchos, de cuantos por lo menos han tenido parte en aquella gran falta con sus omisiones o comisiones.

El gran mal

Digámoslo de una vez, aunque el corazón se nos desgarre de pena: nuestros pueblos están desolados moral, espiritual y hasta económicamente porque *están a punto de quedarse sin Jesucristo, o se han quedado sin El.*

Y decimos que están a punto, porque, pese a las ideas, a los hechos y a la voluntad de los hombres de hoy, quedan en pie costumbres del ayer cristiano y rescoldos de Fe; pero de un modo o de otro, prácticamente nuestros pueblos se han quedado sin Jesucristo.

¡Quedarse sin Jesucristo los niños, al abrir los ojos a la luz, las doncellas, al poner los pies en el plano inclinado de las ilusiones de la juventud, los mozos al entrar en la lucha ineludible entre el deber y la pasión, los ricos y los pobres en sus perpetuas contiendas, los moribundos en los últimos estremecimientos de sus agonías, los crucificados de la enfermedad, del dolor, de la calumnia, los perseguidos, los abrumados por el remordimiento!.... ¿Quién puede medir toda la acerbidad de ese mal del pueblo y de ese gran dolor de Jesucristo?

¡Quedarse sin Jesucristo y sin sustitución! Que la experiencia y la historia enseñan, que Jesucristo es insustituíble y que por esa imposibilibad de la sustitución quedan en más deplorable situación los pueblos que lo pierden que los que nunca lo tuvieron.

¡Vivir tan cerca y tan separados Jesucristo y sus pueblos!

Y ¿no es ese el Jesucristo de nuestros pueblos?

En la mayor parte de éstos El no es *comido* en la Comunión, *no es oído* en la predicación, *no es visitado* en su Casa, *no es suplicado* en la oración, *no es imitado* en las costumbres y *no es tenido* en cuenta para nada.....

¡Qué! ¿pueden llamarse seriamente pueblos *cristianos* los que así tratan a Jesucristo?

¿Puede un Obispo descansar sobre la Fe y la Religiosidad de pueblos que, sosteniendo tabernas y casinos a granel, ven impasibles la ruina y hasta la desaparición de su única Iglesia y sin ella se quedan años y años?

Podemos aseguraros, amadísimos Hermanos e Hijos, que cada vez, y son hartas, que llega a nuestra noticia el derrumbamiento o la clausura de un templo ruinoso, en nuestra mente y en nuestro corazón se reproduce la triste escena de Jesucristo *echado de su pueblo, Nazareth. Pertrasiens per mediun illorum ibat.....* ¡Jesús que se va!

¡A eso nos saben esas noticias!

Una dolorosa experiencia nos viene enseñando que, salvo accidentes repentinos como rayos, terremotos etc., todo templo, que se cae o se cierra por ruinoso, es *símbolo* y *efecto* de un pueblo también caído o ruinoso en su Fe y que, antes de ser echado de su templo material, lo ha sido de los *templos espirituales* de las almas de sus vecinos.

¡Que todo esto es duro! lo confesamos; pero tan cierto como duro y tan necesario por consiguiente de ser descubierto no sólo para deplorarlo sino para intentar urgentemente el remedio.

Nos llevaría más allá de nuestro intento el preguntar y responder ¿quién o quienes llevaron al cabo tamaña felonía? ¿Cómo se ha llegado en una tierra católica y aún en medio de costumbres *a pesar de todo* cristianas a esa desaparición tan cruel como injusta?

Nos llevaría, repetimos, demasiado lejos la respuesta que aplazamos para otro día.

Serán muchos los ratos que departiremos con vosotros sobre este tema, como son muchas las horas también en las que su consideración nos amarga el alma.

Por ahora sólo queremos hacer constar este tristísimo hecho de la separación en que viven Jesucristo y muchos de nuestros pueblos, *como causa* de la gran inquietud y tristeza que padecen éstos y como una confirmación más de la palabra que el Maestro está siempre diciendo a las almas y a los pueblos: *Sin Mí nada podéis.*

El remedio

¿Cuál es? A nuestro entender, muy fácil de decir y muy difícil de aplicar.

Si el mal de nuestros pueblos que tratamos de curar y causa a su vez de incontables males de todos los órdenes es la *incomunicación* con *Jesucristo*, el remedio no puede ser otro que la *comunicación* con El.

Si los *sarmientos* se han secado porque se separaron de la *vid* no les queda otro recurso que o dejarse llevar al quemadero o esperar el *milagro*, que la naturaleza no sabe hacer, de una *nueva incorporación* a su *vid*.

Tratándose de pueblos cristianos, Nos no le reconocemos más que estos dos destinos y estos dos estados, el del sarmiento unido a su vid o el del sarmiento separado de ella, y ambos con su historia escrita con una anticipación de veinte siglos en el Evangelio.

¿Viven los pueblos unidos de verdad en comunicación de Fe y de Caridad con su vid, Jesucristo?

Pues ved aquí su historia invariable: *hic fert fructum multum..... Quodcumque volueritis, petetis et fiet vobis...* (1). Recogerá frutos abundantes de vida y lo podrá todo.....

¿Se apartan de El? Leed su historia. *Mittetur foras sicut palmes, et arescet, et colligent eum, et in ignem mittent, et ardet.....* (2).

Serán arrojados fuera, se secarán, serán apretados como haces de leña y arrojados al fuego.....

Si, hay que *pedir* y que *preparar* el milagro de la *reincorporación* de estos pobres *sarmientos* de tan triste destino a su *vid*. ¡Esa, esa será su única y verdadera renovación!

¿Cómo?

Y aquí empieza lo difícil de la cura, como a primera vista lo demuestra la infinita variedad de procedimientos inventados para aplicarla.

Todos convienen, hablamos de católicos, en la naturaleza del remedio, que no puede ser otro que la *reincorporación*, o sea, la vuelta a Jesucristo.

Pero en cuanto al procedimiento o al modo de ese retorno ¡cuántas sentencias! ¡cuántos sistemas!

Sin tratar de dictar una sentencia definitiva, creemos estar en lo cierto y marchar sobre seguro, si partimos de estos

(1) Juan, 15. (2) Ibid.

Dos principios:

1.° *Que la obra de retorno del pueblo a Jesucristo es obra más que todo sobrenatural, que Dios se digna hacer a medias con nosotros.*

Dios dando lo principal, que es la *gracia*, de *conversión* a los que han de volver y de *perseverancia* y de *fecundidad* a los que trabajamos, y nosotros *preparando* y *secundando* la obra de Dios con nuestro *trabajo* y nuestra *oración*.

2.° *Que es más práctico, fácil y provechoso empezar a trabajar por ese retorno preparando el de los que están más cerca que el de los que están más lejos.*

Se gana tiempo, se ahorran energías, se multiplican los agentes auxiliares y se afirman los cimientos.

Firmes en estos dos principios tan indiscutibles como desgraciadamente tan poco tenidos en cuenta, hemos puesto mano en la ardua empresa de volver a nuestros pueblos a Jesucristo. Y como los más cercanos a El son los Sacerdotes, ¡trabajan tanto el mundo, el demonio y la carne por tenerlos separados! los niños y las almas que aún conservan la fe más o menos amortiguada, por ahí hemos comenzado.

A este plan obedece nuestra incesante labor por la santificación y mejoramiento en todos los órdenes de nuestro amadísimo y, podemos con gusto añadir, dócil Clero, y de nuestro querido Seminario, objeto de nuestras predilecciones; a ese mismo plan

obedece nuestro intento, a Dios gracias ya en camino de trocarse en risueña realidad, de creación de escuelas parroquiales netamente eucarísticas, nuestro empeño en urgir y fomentar la catequesis de niños y adultos en todas sus formas y principalmente, y os lo decimos con el alma henchida de esperanza, la Obra que hoy os presentamos y que va a buscar a esas almas que *todavía* no se han ido, *acaban* de irse o *están prontas* a volver.

La exposición que de ella os hacemos nos releva de encareceros su trascendencia y utilidad para el fin de que os hablábamos.

Obra de los Misioneros Eucarísticos Diocesanos

No os la presentamos como *panacea* de todos los males espirituales, morales y económicos que padecen nuestros pueblos, pero sí como *principio* o *condición* de remedio.

Podemos aseguraros que casi desde que comenzamos la Visita de los pueblos, Nos la está reclamando nuestro corazón de padre ansioso de llegar con remedios oportunos a los males que aquejan a sus hijos.

Lean con interés nuestros Párrocos y Sacerdotes esos renglones dictados por una *gran pena*, la de ver a nuestros pueblos tan lejos del Corazón de Cristo que tanto los quiere, y por un *gran deseo*, el de ver unidos el Corazón de Jesús y el corazón del

pueblo bajo la bóveda del Sagrario y bajo el techo del hogar.

Fin

Remediar los tres abandonos más perjudiciales de un pueblo, el de Jesucristo Sacramentado, el del Cura y el de las almas, mediante la formación y el sostenimiento de núcleos de almas sólidamente piadosas que desagravien y acompañen al Primero, auxilien al segundo y aproximen al Uno y al otro a las terceras.

Fe y piedad de los pueblos

El aislamiento en que vive Jesucristo es tan cierto como triste y extendido. Unas veces, es odio del pueblo a El, otras las más, es indiferencia e ignorancia, pero siempre aislamiento, separación.

La experiencia de muchos pueblos nos ha enseñado que la causa de esa separación más que falta de *Fe* es falta de *piedad*.

La Fe, aún en los más separados de la Iglesia, todavía se manifiesta en el culto y en las procesiones de sus Santos patronos y de sus imágenes tradicionales, y en no dejar sin bautizar a sus hijos, sin casar canónicamente a sus esposos, sin la Extremaunción *condicional* a sus agonizantes y sin Cruz el entierro y la sepultura de sus muertos.

Fe sin piedad

Pero ¿la piedad? Triste es confesarlo; hay muchos pueblos para los que las palabras oración, meditación, vida sobrenatural, espíritu, mortificación, humildad, celo, Sagrario, son desconocidas; a lo más lo que en muchos de esos pueblos se encuentra es una *momia* de piedad, o una como rutina de rezos y prácticas sin alma, jugo, articulación y movimiento sobrenaturales.

Se cree en Dios y en Dios Padre de todos, pero no se le trata ni como a Padre ni como a Dios. Se le trata como a un ente raro o no se le trata.

A nadie se oculta el mal enorme que trae y el bien incalculable de que priva a los pueblos esa falta de piedad y de *núcleo piadoso.*

Piedad y Acción

Con él hay ante todo compañía amorosa para el Sagrario, y, tomando principio y vida de aquí, hay catequesis, y Conferencias de San Vicente y Buena Prensa *y* Obras de celo y acción social y cooperación, y auxilio para la Parroquia y voces de alerta contra el lobo y delicados estímulos para los Pastores y mil bienes más. Sin él la voz del Pastor más celoso se pierde en el vacío por no tener ni quien lo oiga ni lo entienda, ni quien le lleve a los que no vienen a oirle.

Los pueblos, por muy perdidos y extraviados que estén, si tienen núcleo piadoso, son pueblos de esperanza, tarde o temprano *volverán;* los que no lo tienen, *no volverán*, prácticamente son irredimibles. Dios *no acostumbra* a salvar *sin intercesores ni apóstoles* y las almas piadosas de un pueblo son *sus intercesores* y sus apóstoles.

La misma *acción social*, por muy organizada y rica que esté, si no cuenta como *base* y *dirección* con ese núcleo, será estéril o se trocará en *socialista*. ¡Cuantos ejemplos podría citar!

A crear esos núcleos, que con toda propiedad pueden llamarse vitales y necesarios en una buena organización cristiana, vinieron al mundo las Marías y los Discípulos de San Juan y su ideal, ya en muchos pueblos realizado, es poner al pie de cada Sagrario tres almas, por lo menos, que con el aroma de su piedad y desagravios recreen al abandonado y despreciado Corazón de Jesús y purifiquen y embalsamen el ambiente moral de los pueblos de esos Sagrarios.

Piedad dirigida

Pero si esa piedad ha de ser sólida, ilustrada y difusiva, necesita dirección.

Y aquí tenemos que deplorar un gravísimo mal de nuestra época que está corroyendo la piedad existente e impidiéndola nacer: la falta o escasez de Directores espirituales.

Dejando para otro lugar el estudiar y tratar de remediar en toda su extensión ese mal, circunscribiéndonos a los pueblos, que es a lo que ahora atendemos, la falta de dirección espiritual para las almas reviste los caracteres más alarmantes.

El Párroco Director

No es que digamos que los Párrocos de los pueblo no tengan aptitudes para esa dirección y que de

hecho no la ejerzan con acierto y frutos óptimos; no, conocemos ejemplos harto edificantes y numerosos.

Lo que decimos, porque la experiencia nos lo ha enseñado, es que las circunstancias que rodean a no pocos Párrocos, particularmente de esos que están tan solos como sus Sagrarios, no los ponen en las mejores condiciones para ejercer con fruto esa dirección espiritual.

Por lo mismo que es el único Sacerdote del pueblo y, aun suponiéndolo dotado del más ardiente celo y de la más exquisita discreción, siempre se encontrará recusado unas veces por la amistad, el parentesco y las relaciones sociales y otras por los disgustos, las antipatías, la incompatibilidad de caracteres de los que podían ser sus dirigidos.

Y si a esto se añade el desaliento del Párroco y como consecuencia el desgano de trabajar, sus achaques o los años, y lo que Dios aparte, sus infidelidades alguna vez, se verá el estado de abandono en que quedan las almas.

El Misionero Director

Urge, pues, llevar a los pueblos, no tanto ya misioneros que conviertan a pecadores empedernidos, cuanto directores espirituales que atraigan, afinen, y avaloren las almas sencillas y dóciles.

La acción del Misionero es la de la lluvia torrencial, la del Director espiritual la de la llovizna; aquélla *moja*, ésta *remoja* la tierra; aquélla es mu-

cha agua, pero que *se va*, ésta es poca agua, pero que *se queda*.

Sí, urge enviar guías a esas almitas de ordinario desconocidas o despreciables a los ojos del mundo, denostadas las más de las veces con el mote de *beatas* y que, acertadamente dirigidas, están llamadas a dar ellas solas al Corazón de Jesús toda la gloria que debía darle el pueblo entero.

Urge que salgan a los pueblos sacerdotes prudentes, celosos, ilustrados en la ciencia de las almas a buscar y a pulimentar *margaritas preciosas* con que tejer Coronas de honor y desagravio a las sienes benditas y punzadas de Jesús Crucificado y Sacramentado.

Y a eso va esta Obra de Misioneros eucarísticos diocesanos.

Van a las almas a enseñarles lo bueno y dulce que es servir al Señor del Sagrario, enseñándolas a orar vocal y mentalmente, a vencerse, a andar por caminos de perfección y de caridad para los prójimos y a descansar sobre el pecho del Señor, como su Patrono, el Discípulo predilecto.

Fin de esta obra en pocas palabras: Proveer a los pueblos por lo menos *trimestralmente* de un Sacerdote para *formar* y *sostener* núcleos de almas piadosas.

Organización

Con el fin de aprovechar fuerzas de Obras ya establecidas y acreditadas por sus frutos, queremos encargar esta Obra a la de los *Discípulos de San*

Juan para los *Sagrarios Calvarios* y singularmente a su Sección de Sacerdotes.

Y tenemos por garantía de acierto en este asunto la constancia, abnegación y celo eucarísticos con que esta Obra viene atendiendo a la compañía de los Sagrarios abandonados de la Diócesis y particularmente el espíritu de Sacrificio con que está procurando cada mes *Vigilias ambulantes* ante esos Sagrarios.

Otra razón que Nos ha movido es que esta Obra de los Misioneros, más que distinta de la Obra de las Marías y Discípulos de San Juan, es su complemento y perfección.

Los Sacerdotes, pues, elegidos para Misioneros deberán ser *Discípulos de San Juan* y como tales deben tener su Sagrario abandonado o poco frecuentado que acompañar espiritualmente con su Misa y visita diarias y gozar de los privilegios y gracias concedidas a aquéllos.

Como es Obra esta de los *Misioneros Eucarísticos Diocesanos* que consideramos tan eficaz y trascendental en la renovación de nuestra Diócesis, y a la que, aun sin nacer, queremos con toda nuestra alma, Nos reservamos la dirección de la misma así como la elección de sus miembros de entre los Sacerdotes *Discípulos* que se Nos ofrezcan, atendidos sus aptitudes, cargos y demás prendas que son menester.

Nos, pues, señalaremos el orden y tiempo de las visitas que han de hacerse y recibiremos la cuenta de los resultados de las mismas.

Para que auxilien, nombraremos un *Secretario* que lleve registros y forme estadísticas de la Obra y un *Tesorero* que administre las nóminas y donativos con que ha de sostenerse aquélla.

Esperamos que las bendiciones del Corazón de Jesús y las larguezas de la caridad de los fieles no faltarán a una Obra tan de gloria para El y de tanto provecho para los pueblos.

Mensualmente, o más pronto, si fuese necesario, previa una citación del Secretario se celebrarán reuniones para mutua edificación y aprovechamiento y adelanto de la Obra.

Cada Misionero llevará una libreta en la que vaya registrando los frutos y dificultades de sus misiones.

Estas reuniones terminarán siempre ante el Sagrario para ofrecer como homenaje de agradecimiento y desagravio a Jesús Sacramentado los frutos obtenidos y las obras realizadas o proyectadas y obtener sobre unos y otras sus bendiciones.

Orden de la visita a los pueblos

Avisado el Párroco con algún tiempo de anticipación por el Misionero, del día y hora de su llegada, lo hará saber entre los feligreses valiéndose para ello de las Marías, si las tuviere, y procurará por todos los medios que su celo le dicte que se aproveche de la Visita del Misionero el mayor número posible de aquéllos.

La visita durará ordinariamente uno o dos días y se guardará en ella, en cuanto las circunstan-

cias lo permitan, el siguiente orden: llegada a ser posible por la tarde, visita al Santísimo con las preces del Manual de los Discípulos de San Juan, plática familiar, previo aviso por las campanas, sobre puntos de Catecismo y ascética, como modos de hacer oración mental, examen general y particular, de confesar y comulgar, de adquirir virtudes y desterrar defectos y pasiones dominantes, de adelantar en el amor y devoción del Sagrado Corazón de Jesús y de su Madre Inmaculada; terminada la plática, Exposición menor o mayor según el concurso, Estación al Santísimo, Acto de desagravio, bendición con el Santísimo y anuncio de los actos del día siguiente: se procurará que los asistentes canten los himnos litúrgicos. Si se previera un gran concurso de penitentes, podrán oir confesiones de mujeres aún de noche, procurando que la Iglesia esté iluminada y suficientemente acompañada. A las cinco del día siguiente o antes, si es preciso, estará sentado en el Confesonario, *haya penitentes o no*, no sólo para oir confesiones sino tomar cuentas de conciencia y dar documentos de sólida piedad a los que se acerquen: a hora conveniente Santa Misa y Comunión general, precedida o seguida de otra platiquita enfervorizadora.

Después del desayuno, una lección con espíritu eucarístico de Catecismo a los niños y niñas de la Catequesis parroquial o visita para excitarlos a la frecuente Comunión y Visita del Sagrario a sus escuelas y a continuación una reunión presidida por el Párroco con el *núcleo* que se vaya formando

para tratar de las obras de celo emprendidas o por emprender y de otros medios de extender en el pueblo el reinado del Corazón de Jesús Sacramentado.

Al medio día, terminada ya la misión en aquel pueblo, pasará el Misionero a otro pueblo de su cuidado o regresará al suyo.

Actos extraordinarios

El Misionero cuidará asimismo de acuerdo con el Párroco y pidiendo auxilio a Párrocos vecinos u otros Sacerdotes de la celebración de Triduos Eucarísticos como preparación para primeras Comuniones o más solemnes, procesiones o asambleas eucarísticas de pueblos comarcanos, etc.

Facultades de los Misioneros

Como prenda de nuestro cariño y para facilidad de sus ministerios, otorgamos a nuestros M. E. D. las siguientes facultades:

1.° Predicar en toda la Diócesis con delegación habitual nuestra.

2.° Manifestar con Exposición mayor en los actos de culto que dirigiesen si así lo aconseja el número de asistentes.

Y 3.° De absolver de pecados reservados a Nos.

Una palabra a nuestros Párrocos

Con el conocimiento que ya tenemos de la docilidad con que vais recibiendo los avisos y órdenes

que Nos va sugiriendo nuestro incesante afán de llevar al Corazón de Jesús las almas que El Nos ha confiado, no dudamos no ya de la docilidad, sino del cariño con que acogeréis esta Obra que hoy os proponemos y fundamos.

Y esperamos más, que dentro de poco ese cariño, que le tenéis por las intenciones que lleva y porque la quiere vuestro prelado, se convertirá en agradecimiento por los beneficios sin cuento que os reportará y que vosotros seréis los primeros en recoger. Los Misioneros que enviamos a vuestros pueblos van a pelear denodadamente contra los tres abandonos que más torturan el corazón de un buen Párroco: el abandono de su Sagrario, el abandono de las almas y el abandono de vosotros mismos que por lógica inflexible seguís la suerte de vuestro Sagrario y de vuestras ovejas.

Más aún: ¿no ha de servir de satisfacción y sostén a vuestro corazón, muchas veces fatigado de la lucha, saber que cada tres meses vuestro Prelado os visita y conforta con sus Misioneros que ante todo van como amigos y servidores vuestros?

Otra palabra a los fieles

Hartas veces han llegado a nuestros oídos clamores vuestros parecidos al del Paralítico del Evangelio: *hominem non habeo. No tenemos hombre.* Pueblos de muchas almas a los que la escasez cada vez más alarmante de clero priva de Pastor, pueblos de Párrocos ancianos y achacosos y sin auxilio de

coadjutores o de Párrocos vecinos, feligreses de Parroquias de un sólo sacerdote, aunque sea el más celoso y discreto, almas todas que clamáis por el *hombre de Dios* que os hace falta para ir a El, aquí tenéis a la Obra que va a poner a vuestro lado los *hombres de Dios* por quienes suspiráis.

Son *Misioneros*, porque van enviados por vuestro Padre y Pastor que, no pudiendo hablaros ni consolaros, ni dirigiros a cada uno, se multiplica y se hace representar por esos sus Misioneros; son *Eucarísticos* porque toda su misión se reduce a llevaros junto a la puerta del Sagrario y meteros dentro del Corazón que allí dentro palpita por vosotros, para que viváis la vida que de allí brota, que es la vida verdadera y la razón y el principio de todo legítimo bienestar del individuo, de la familia y de la sociedad. *Diocesanos* porque la obra que van a realizar no se extiende a un solo pueblo ni a una sola clase de personas, sino a todos los pueblos y a todas las personas que pertenecen a esta Diócesis de Málaga, para que personas y pueblos formen en plazo no lejano la Diócesis eucarística por antonomasia, en donde Jesús Sacramentado tenga tantos templos cuantos hogares y tantos Sagrarios cuantos corazones y se borre para siempre esa triste lista de pueblos abandonados y de Sagrarios más abandonados que los pueblos.

Que el Corazón de Jesús abandonado de nuestros Sagrarios derrame sobre esta Obra tanta gracia suya que pueda pronto realizar el milagro de la *renovación verdadera* de nuestros pueblos que no

puede venir más que por la reincorporación de los *sarmientos*, en mal hora cortados, a su *vid* y con ella la circulación por todas las almas de nuestra amada Diócesis de la savia de la vida que hace vivir en paz, en justicia y en felicidad sin fin.

Acelérennos ese momento venturoso la Virgen Inmaculada, nuestra Madre y Señora, los Stos. Patronos de la Diócesis y los Angeles de nuestra guarda...»

Al año de fundación

Escribía yo en «El Granito de Arena»:

Hace un año nos reuníamos ante el Sagrario de mi capilla un grupo de ocho o nueve sacerdotes y yo para recibir del Pastor de los pastores la bendición, que fuera a la par aprobación y aliento de la Obra que allí mismo empezaba de los Misioneros Eucarísticos Diocesanos.

Que la bendición pedida cayó sobre la Obra, bien a las claras está; durante este año esos denodados sacerdotes, gozo y corona de su Prelado, ¿por qué no decirlo? no han dejado de ir a sus pueblos cada tres meses y venciendo, Dios sólo lo sabe, cuántas y cuántas dificultades. ¡Malos caminos, nieves, calor, prejuicios de unos, indiferencia de otros, agobios de trabajo, epidemias, escasez de recursos!....

¡Bien me lo han dicho no sus bocas, que de estas cosas no saben hablar, sino el aspecto derrotado, las caras flacas, los calzados agujereados, las voces roncas y hasta los contagios de gripe con

que han vuelto unos y otros de sus excursiones!

¡Bien por mis Misioneros! ¡Benditos de Dios sean como lo son de su Prelado! Y ¡benditos también los Párrocos que con agradecido cariño los reciben y las Marías que preparan sus caminos y los fieles que los escuchan y los pueblos que se van aprovechando de sus visitas!

¡Cómo se me ensancha y se me llena de gratitud y esperanza el corazón al ver cómo para todos los pueblos y rincones de mi Diócesis ha habido palabra y trabajo, y bendiciones y santas influencias del Misionero!

Y cuenta que, por no tener el número suficiente de Misioneros y por no poder destinar a todos sólo a sus Misiones, por tener algunos cargo en la Diócesis además de el de Misionero, no se ha podido atender con regularidad a todos los pueblos, ni se ha podido llegar a tanto poblado como tengo sin iglesia y sin escuela, ¡algunos de más de mil almas!

Espero, sin embargo, que las oraciones y auxilios de los buenos y la misma urgentísima necesidad de tantas pobres almas, traerán el milagro que hace falta de multiplicación de Misioneros y de medios para que puedan dedicarse sólo a sus Misiones y a todos los lugares que lo necesitan.

Amo querido de todas mis obras y Director de todas mis empresas, ¿verdad que sí?

El Misionero E. D. en acción

Con sentimientos de veneración transcribo aquí

las «Notas de viaje» que a las Marías de Salamanca escribía su antiguo Director y el primero de los Misioneros que tuvimos, el inolvidable y apostólico D. Remigio Jiménez, que en plena virilidad y en pleno apostolado, acabado de bajar del púlpito y sentado en el confesonario, murió el 6 de Diciembre de 1927.

Notas de viaje de un Misionero Eucarístico

(CARTA ABIERTA)

—Díganos: ¿qué es lo que hace V. por Málaga?

—Nunca nos cuenta V. nada de sus viajes.

Estas o parecidas preguntas me vienen haciendo las Marías de Salamanca en las cartas que me escriben.

Sin ocurrírseles, tal vez, que avaro del tiempo el Misionero, no puede dedicarse a contar esas cosas que en el desempeño de su sagrado Ministerio, va realizando y que debe tener más interés en que lo vaya anotando en silencio el Amo que en que salga por ahí haciendo ruido de vana hojarasca.

¡Es esto tan de Dios que teme uno, con fundamento, que la ruindad del instrumento estorbe o impida la obra de Dios!

Sin embargo, para complacer tan santos deseos de mis inolvidables Marías salmantinas les voy a contar mi último viaje, realizado en este mismo mes de Mayo, según vá anotado en mi diario; y así, por este botón de muestra, pueden ellas, y otras Marías,

tan curiosas como ellas, saber y entender lo que con tanto interés preguntan.

No estará demás notar aquí previamente, cómo se hacen estos viajes por los pueblos de la diócesis de Málaga.

A mí siempre que emprendo algún viaje, me viene a la mente el recuerdo de aquellos otros por los campos castellanos.

¡Son estos tan diversos en todos órdenes de aquellos otros!

Esas extensas llanuras que en Salamanca hay que atravesar para llegar a los pueblos, aquí no existen. Los caminos llanos y suaves de Castilla son aquí, por lo común, sendas estrechas y empinadas, abiertas por escabrosas sierras. Los mares de ondulantes mieses que se ofrecen en primavera a la vista del que anda por esos caminos, son aquí las inconmensurables aguas del Mediterráneo que piérdense de vista sin que en la tersa superficie se logre descubrir las costas de Marruecos. La fe gigante de esos pueblos castellanos es aquí antorcha mortecina que apenas puede servir de faro a los campesinos malagueños.

Por lo demás estos viajes que hago a los pueblos de Málaga resultan para mí asáz entretenidos.

Dan tiempo para todo.

Los empiezo por lo general en tren, la costa adelante.

¡Cuántas veces las olas del mar que vienen apresuradamente a saludar a la playa, se me figura que las manda Dios para que me enseñen a trabajar sin

descanso y a darme prisa en llegar a los pueblos a cumplir mi misión!

Después de ir una hora larga, dulcemente entretenido contemplando el mar y las hermosas huertas que van quedando atrás; dejo el tren, o más bien, el tren me deja a mí y sigo un viaje en diabla (tartana) o en bestia.

Viajando en caballería ya es cosa sabida, camino de una legua, viaje de dos horas bien contadas.

Ciertamente que algunas de estas leguas las midieron a caballo, como dicen, y además de esto que los caminos no están para correr, un arriero no da un mal rato a su bestia, ni aunque amenacen tormentas.

Dos de éstas me cogieron, en un camino, no hace mucho, sin que esto moviera al arriero a aligerar su bestia.

Así que me paso los grandes ratos enterándome detenidamente, de las chumberas, pitas, higueras, olivos, granados, naranjos, viñedos y plantaciones de caña de azúcar que se van ofreciendo al paso.

De esta manera llego a los pueblos.

Esto supuesto, y advirtiendo que me permitiré algunas glosas a mi diario, abro mi cuaderno de anotaciones que dice así:

Viaje del dia 3 de Mayo

Visité la escuela que sostiene el Sr. Obipo en la jurisdicción de Benagalbón.

Está en medio del campo.

Se rezó el Sto. Rosario y les tuve una plática a

la que acudieron invitados por la maestra y por mí, niños, mujeres y algunos hombres que estaban ya preparados para una Verbena. Las jóvenes no asistieron... ¡era primero el baile! A la mañana siguiente, improvisada la capilla en el local de la escuela donde coloqué el altar portátil que llevaba (metido en una maleta, pues hoy no disponemos de otro); fuéronse confesando los niños y niñas de la escuela y cuatro o cinco personas mayores; total unas 40, pero no comulgaron más que 20, o por no estar suficientemente preparados los demás o porque distraídos habíanse desayunados.

Mucha pena me dió de que aquellos campesinos no se aprovecharan mejor, de la primera misa que se decía en medio de sus campos.

¡Qué desgracia tan grande es la falta de fe y de costumbres cristianas!

La señora Maestra realiza muy buena labor enseñando a rezar y las primeras letras a aquellos chavetas.

Tuve el gusto de que me ayudara la misa el jefe de la estación que es un castellano.

ALGARROBO

Llegué a este pueblo el día 4, a las 5 de la tarde; se tuvo la visita a propuesta del Párroco, juntamente con la función principal, a las seis de la tarde.

Nadie se quedó a confesar.

Al día siguiente se confesaron algunas personas.

Comulgaron 22 y un hombre.

NERJA

Salí de Algarrobo con dirección a Nerja, a las nueve y media de la mañana del día 5. Tenía que andar tres kilómetros y medio hasta la carretera que de Torre del Mar va a Nerja, para allí tomar la diligencia.

Esta me habían asegurado el día anterior que pasaba a las diez y media, de manera que aunque hacía el camino a pie tenía tiempo suficiente.

Estas cuentas me echaba yo, pero no me salieron bien.

Salió a despedirme el señor Cura, que andaba menos que yo, con ánimo de acompañarme hasta el coche y éste que según supe después cuando ya era tarde, pasaba antes de la hora que me habían dicho el día anterior, y como no era cosa de perderle pues me restaba un caminito de veinte y tantos kilómetros; tuve que dejar a mi acompañante en medio de la carretera, y emprender veloz carrera (cosa que ya hace tiempo no usaba) y... ¡percances del Misionero! tres minutos antes de llegar yo..... pasó el coche.....

Todo se arregló satisfactoriamente aprovechando una oportunísima tartana y el aviso que dió al coche uno que iba en bicicleta.

Nerja, paraíso perdido que le llama el buenísimo D. Ambrosio, anciano párroco, a quien nunca le falta charla ni buen humor.

Llegué a la una.

Poca concurrencia en funciones. Pocas confesio-

nes; unas cien, sesenta niños, cuarenta mujeres y un hombre.

Tuve día de retiro a las personas piadosas y en la última meditación insistí mucho en la necesidad de reorganizar el Apostolado de la Oración como base del edificio espiritual que había que levantar; rogué a las Hijas de María el exacto cumplimiento de su reglamento y finalmente propuse la Obra de las Marías como complemento del plan religioso en dicho pueblo. Me ofrecí a irles a predicar un Triduo si se llevaba a cabo lo del Apostolado.

MARO

A las seis de la tarde.

El día 6 salía para Maro, pueblecito de los más pintorescos del litoral del Mediterráneo.

A su espalda yérguense altivas las escabrosas sierras que separan la provincia de Málaga de la de Granada y cual si pretendieran cerrar el paso al viajero, se precipitan en el mar.

Comulgaron 20 niños, 41 mujeres y 4 hombres. Es esta gente buena y sencilla de veras.

Se terminaron las confesiones a la una de la tarde y a las 4 había que tenerles misa de madrugada para que no perdieran de trabajar.

Pronto nos quedamos solos, yéndose hombres y mujeres al campo a la faena de la caña; lo que nos dió ocasión de ir a ver el nacimiento del río. Un verdadero río, que entre dos grandes peñas, sale de las entrañas de la tierra. Ya merece la pena de verse este fenómeno de la naturaleza.

FRIGILIANA

Llegué a las 4 y media del día 7.

Mucho entusiasmo; hasta cohetes inclusive. La gente menuda se vuelve loca con el Misionero.

No estaba la gente para muchas fiestas por la nueva visita que les había hecho la grippe. No obstante, la iglesia se llenó de fieles y las confesiones duraron hasta después de media noche.

Se tuvo también misa de madrugada, y comulgaron 87 personas; la mayor parte mujeres y jóvenes.

A las diez les tuve plática y a las tres de la tarde la despedida del Sagrario.

Cuando me dejaron libre los chiquillos y chiquillas del pueblo, monté en el jumento que me había de llevar a

EL MORCHE

Ya era tardecito cuando llegamos.

Encontré a aquella gente del mar, enteramente entusiasmada con mi visita. De esto se habían encargado dos Marías de Málaga, que llevaban allí tres días preparando a la gente y que, por las trazas, se habían dado buena maña.

Tres meses antes había pasado yo por allí por primera vez, y al enterarme de las cuatro barriadas que hay extendidas por la playa, alguna de ellas de más de 200 vecinos, que no tienen una simple capilla donde puedan oir misa, y que están por lo tanto

sin Sacerdote y sin Sacramentos y sin que aquellos chaveitas que corren, medio desnudos, por la playa, tengan quien les enseñe doctrina y quien les hable de Dios; me vinieron deseos de ir por allí, provisto de altar portátil, para poderles decir misa y ver la manera de poderlos confesar y administrar la Sagrada Comunión.

Para esta labor necesitaba el concurso de las Marías, y las de Málaga se habían encargado de preparar a los del Morche, al mismo tiempo que las de Vélez-Málaga prepararían a los de la Caleta de Algarrobo.

La primera reunión allí donde no había iglesia, tenía que ser al aire libre.

En medio de aquel auditorio, compuesto de toda clase de personas, hablaba yo a aquel pueblo hambriento de la palabra de Dios, y me figuraba que de la misma manera lo haría el divino Maestro a las turbas en las riberas del mar de Tiberiades.

El señor Alcalde me hospedó en su casa espléndidamente.

Allí me contaron algunos casos curiosísimos.

Hace un año que el señor Obispo tiene allí una Maestra que enseña admirablemente a la gente menuda.

Y se da el caso que estos niños han aprendido perfectamente a rezar, cosa que no saben la mayor parte de sus padres.

Estos niños hoy están enseñando a persignarse y a rezar a sus mismos padres.

Otro caso es el de un zagalote, como aquí dicen, que está guardando cerdos, el cual se presenta resuelto y decidido al amo y le anuncia que él no va al día siguiente a cuidar los cerdos, porque, añadía, mañana va a haber misa y yo voy a ver si cojo un buen pedazo.

¡Qué se habría figurado él que sería la misa!

Llegó la hora de rezar el Santo Rosario.

Lo venían haciendo las Marías delante de la casa escuela, donde todas las noches improvisaban un altar con los cuadros del Sagrado Corazón y de la Virgen y profusión de flores, que proporcionaban los niños.

La señal que servía de aviso era el toque de una campanilla.

También los cánticos servían de maravilloso reclamo.

No dejan de tener sus inconvenientes estos improvisados templos, que tienen por bóveda la del hermoso cielo y por pavimento el polvo de la anchurosa carretera pública.

En esta ocasión sucedió que al terminar el Rosario y la lectura del mes de María, de repente, al comenzar a echar la plática, comenzaron las nubes a echarnos agua, con tanta fuerza, que en un momento se dispersó el auditorio.

Luego que escampó cantamos el Corazón Santo y volvióse a reunir la gente y siguió el sermón comenzado dentro de la casa, o más bien, los sermones; porque en esta sazón nos había venido el refuerzo del señor Arcipreste de Torróx. Encima de los charcos lo escucharon aquellas gentes.

A continuación dióse principio a las confesiones en el local de la escuela.

Las Marías cuidaban de que fueran ordenadas y devotas y ayudaban a cumplir penitencias a los que no sabían rezar.

A las tres de la madrugada dimos fin a las confesiones y a las seis se reanudaron; mientras tanto las Marías acababan de arreglar el altar para la celebración de la Santa Misa.

La Misa

Al abrigo de unas chumberas que había en la misma playa se colocó un dosel y delante de él se improvisó un altar y se adornó con flores.

Profusión de flores y olorosas yerbas esparcidas por el suelo servían de vistosas alfombras sobre la blanca arena.

Colocados delante del altar los carabineros hacían guardia por honrosísima atención del señor Teniente. Y empezó la primera misa, que dijo el señor Arcipreste.

Lo mismo en esta que en la que yo dije a continuación, hubo cánticos y predicación y se dió la Comunión a un centenar de personas.

Más bien que arrodillados, echados por la playa yacían algunos ancianos y allí mismo recibieron la Sagrada Comunión. Lo mismo me figuraba yo, que sería cuando los Apóstoles repartían el pan milagroso a los que estaban sentados sobre la verde yerba.

Pasaremos por alto otras muchas cosas que aquí realizaron las Marías; como lo del bautizo de dos

chiquillos, que, en coche se los llevaron a Torróx, aunque esto les costara el quedarse aquel día sin comer; lo de la pesca milagrosa que no quieren las Marías que se hable de ello.....

Aunque las cueste algún ruborcillo, lo voy a contar.

Fué que habiendo llevado su predicación a la playa, donde estaban sacando el copo los pescadores y como éstos no estuvieran para muchos sermones y replicaran a las Marías que lo que ellos deseaban era sacar mucha pesca por llevar ya muchos meses condenados al ayuno, pues que parecía que habían huido de aquellas aguas los boquerones: a esto contestaron las Marías que por ser malos les sucedían tales cosas, que fueran buenos, que clamaran a Dios y tuvieran confianza, que les oiría y que ya verían como en el copo que estaban sacando vendría pescado abundante.

Sí, añadían ellos, lo que es ahora por lo poco que hay que tirar, seguramente viene el copo vacío.

Pero siguieron tirando, tirando.... y con gran sorpresa suya se encontraron con tal cantidad de boquerones, como hacía mucho tiempo no habían sacado.

El entusiasmo de aquellos jabegotes no tuvo límites; con sus aclamaciones a la Virgen, a las Marías, etc., atronaron el espacio.

No creemos que tenga ninguna relación con este hecho, lo que sucedió al día siguiente; pero es lo cierto que sacaron otro copo mónstruo, viéndose obligados a cortar las redes. Calculaban más de

doscientas cincuenta arrobas. Como nota final de esta visita reuniéronse las jóvenes en la escuela, y se comprometieron gustosas a tener escuela dominical, y se habló de comprar una imágen para la visita domiciliaria.

No estuvieron acordes los pareceres sobre si se habría de llevar una Sagrada Familia o una Milagrosa, o más bien el Sagrado Corazón de María...

Prevaleció, al fin, el parecer de una jóven que optó porque se llevara la que tiene a Jesús, María y José *tomando el fresco debajo de un árbol*, como ella misma, decía, lo había visto en una estampa.

Salimos del Morche al medio día, saboreando el dulce recuerdo de tantas cosas buenas como habíamos presenciado, y bendiciendo a la señora Maestra que con su virtud y constancia ha sabido hacer en poco tiempo tan buena labor en favor de aquellos sencillos vecinos.

Todos piden a gritos tener pronto capilla. De paso para la Caleta me detuve en Lagos, a confesar a cuatro enfermos que tenían avisados y preparados las Marías.

LA CALETA

Siguieron las Marías a Rubite y yo me quedé en la Caleta, donde ya me esperaban las autoridades y las Marías de Vélez.

También aquí se habían dado buena maña estas Marías. Una lista crecidita de matrimonios para legitimarlos; algunos niños para bautizarlos y otras

cosas interesantes fueron los noticias que me comunicaron al llegar.

Se pasó aviso al señor Arcipreste de Vélez que se había ofrecido a asistir, se trajo el armonium de la Parroquia de Torre del Mar y se procedió a colocar el altar en la playa, mientras yo preparaba en la escuela a chicos y grandes.

Tuvimos aquí eficaces auxiliares en las personas del Comandante del puesto de Carabineros, en el sargento de la Guardia civil que hace de Maestro de escuela, y en la familia del señor Alcalde.

El primero, tomando a su cargo todo lo que se relacionaba con la colocación y ornato del altar, y el segundo ofreciendo su escuela y atendiendo al orden, mientras hubo explicaciones y confesiones.

La gente se congregó en la playa a las nueve de la noche para rezar delante del altar el Santo Rosario. Con los duos del Rosario alternaban las notas dulces del armonium y los cánticos vibrantes de las Marías y todo esto con el acompañamiento del ruido sordo del fuerte oleaje del mar al estrellarse contra la orilla.

Después del Rosario más cánticos; después de los cánticos, sermón del señor Arcipreste, que se quedó con ganas de meterse en una barca y predicar desde allí; a continuación más cánticos y una arenga mía, invitándoles a confesarse y a la misa que allí mismo se celebraría al dia siguiente. Las confesiones duraron hasta después de la una de la noche.

A la mañana siguiente más confesiones y llegó la hora de la misa y la gente estaba toda reunida, y yo seguía confesando.

La manera de avisar a la gente para la Santa Misa, fué muy original.

El Sargento de los Carabineros, puesto a hacer las cosas bien, dió las correspondientes órdenes y el corneta se colocó en medio de la carretera y lanzó al aire las sonoras notas de su instrumento. Media hora más tarde otro toque más prolongado y finalmente el tercero que fué poderoso a reunir a todo el vecindario en la playa delante del altar.

Cuando yo terminé de confesar y llegué al altar para celebrar, me encontré allí ya formados a los carabineros y el corneta preparado para dar los toques de reglamento durante la misa.

También habían llegado de Vélez dos coches repletos de Marías, todas ellas buenas cantoras y buenas Marías.

Con este refuerzo fácilmente se puede colegir lo grande y solemne que resultó este acto, y si a esto se añade el espectáculo grandioso que ofrecía el mar, que había amanecido aquella mañana sacudiendo furioso sus olas entumecidas contra la playa y las alborotadas nubes amenazando tempestad; no se extrañarán que estuviera el celebrante como sobrecogido de temor y reverencia ante tanta grandeza y majestad, y recordando escenas del Sinaí y otras parecidas que refiere la Sagrada Escritura.

No se extrañarán tampoco que a una vieja le faltara tiempo y expresión en las palabras para decir,

mientras se quería comer a besos la mano del Sacerdote: «¡ay qué Misa, Dios mío, qué Misa!

Comulgaron más de noventa personas. También aquí hubo espontánea manifestación para pedir que les haga una iglesia o capilla. Se volvían locos recibiendo estampas, medallas, detentes, escapularios y rosarios. Se terminaron, como es natural y hubo que volver con nueva remesa. Me hablaron de una mujer que tenía un rosario antiquísimo, al que apenas le habían quedado cuentas y que las sustituía por chinas que iba atando con mucho cuidado. Convine con ella en cambiárselo por uno nuevo, y vi que no eran chinas las que sustituían a las cuentas, sino garbanzos negros muy bien cosidos por medio.

RUBITE

Con tales y tan imprescindibles tareas me fué imposible tomar el tren en Torre del Mar hasta la Viñuela, en cuya estación me esperaban los que me habían de llevar a Rubite; y esto dió lugar a una no pequeña contrariedad y desilusión de esta buena gente.....

¡Ellos que se habían llevado esperando largo rato atalayando el camino; al cabo vieron llegar las bestias solas!....

Cuando menos lo esperaban se presentó el Padre Misionero, al caer de la tarde, caballero en humilde jumento.

En un santiamén cundió la noticia por el lugar, y al punto se reunieron en la Ermita. Las Marías que se habían puesto a comer con su buena ración de

preocupación y desencanto, a media comida, echaron a correr también a la ermita.

¡Es tan consolador para el Misionero hablar de Rubite!

¡Se siente el corazón tan saturado de pena y de amarguras en tantos pueblos!

¡Producen en el ánimo tal indigestión tantos hombres y tantas mujeres que se pasan toda su vida sin Misa y sin Sacramentos!.... ¡y son tantas las miserias morales que se ofrecen a las miradas de su consideración; que se siente movido muchas veces a la náusea y al vómito... y a poner cara de angustia y desvío!....

Que esto arguye flaqueza y poquedad de ánimo.... así es y así lo reconoce y confiesa con rubor; pero en lo que no haya más de temple de fortaleza y de virtud es muy difícil sustraerse a tales impresiones. Está Rubite como perdido en medio de viñas y olivos entre Vélez y la Sierra Tejea.

Desde el pueblo más próximo se tarda más de dos horas en llegar.

Allí viven en tres barrios más de ciento veinte vecinos, sin médico, sin maestro y sin sacerdote.

Antes tenían Misa casi todos los domingos: ahora la tienen una vez o dos al año. Allí llegué yo por primera vez a fines de Noviembre y me encontré con una gente tan buena..... y unas costumbres tan sencillas..... y tenían tantos deseos de tener Misa y tantas ansias y necesidad de una maestra siquiera que enseñara a leer y a rezar a sus hijos..... que no hubo más remedio que ver la manera de complacerlos. Las personas mayores, casi todas sabían rezar; de veintitantos años para abajo..... ¡ni persignarse!

¡Como esto ya no se usa!

Así me respondían invariablemente cuando les preguntaba si rezaban o nó.

Hace ya tres meses que tienen maestra.

El señor Obispo añadió otra escuela más a las muchas que pesan sobre él y que tienen en continua alarma su menguado bolsillo.

Otro señor de los que no quieren que se sepa las muchas obras de caridad que hace, costeó el material de escuela.

Y ¡qué maestra les ha caído a los de Rubite!.... Ni llovida del cielo, como ellos dicen.

Baste decir que es María de los Sagrarios. Con esto está dicho todo. En poco tiempo ha metido en el cuerpo a toda la gente menuda, y a la que no lo es, cuantas oraciones sabe ella y hay en el Catecismo.

No temo otra cosa, me decía, que quedar afónica de tanto hablar y gritar.

Como no tienen Misa los domingos se reunen en la Ermita y allí les lee la señora Maestra las explicaciones de la Misa.

No hay que decir que a la función de la noche acudieron todos, chicos y grandes, y cuando llegó el momento de las confesiones, allí se quedaron todos, abrumando con su presencia al confesor cuyos párpados se negaban rebeldes a seguir en vela.

Pero ¿quién despedía a aquella muchedumbre?

No había otro recurso que levantarse del confesonario con frecuencia pretextando avisos e instrucciones que convenía dar y de paso usar en la sacristía deciertas lociones que tenían la virtud de levantar un poco los pesados párpados.

Por fin, cerca de las dos de la mañana terminó aquel gustoso y resignado sufrimiento.

Por la mañana temprano, otra vez a la carga y otra vez a la pesadez de ojos, pues la *recansa* venía ya de muchos días.

Tuvimos el placer de tener una verdadera comunión general, asegurándonos que excepto media docena de rebeldes, que hicieron el ridículo, todos los demás del pueblecito habían comulgado.

A las tres de la tarde del día 11 me despedí de ellos y a petición suya les daba la bendición que recibieron de rodillas sobre una colina que a orillas del lugar había.

ARCHEZ

Después de un largo y solitario camino en que pájaros y flores parecían que estimulaban mis pies y mi lengua y mi corazón para llevar adelante, sin desfallecimientos, mi misión, llegué a Archez cuando ya el sol había traspuesto las cumbres que rodean a este pueblecito.

Pocas cosas pude anotar en mi diario en esta visita. Prediqué por la noche y confesaron y comulgaron a la mañana siguiente 23 personas solamente.

Aquí en otra visita, tal entusiasmo les entró sobre todo por los escapularios de la Virgen del Carmen

que se terminaron, y para sosegarlos, hubo que enviar más que se terminaron también, y aquí fué la de apremios y de títulos y razones para que no les faltara el escapulario. Una joven, que con otras muchas se había impuesto el escapulario con la promesa de que a toda la que se le impusiera se le daría más tarde, cuando el señor Alcalde, que iría pronto a Málaga los llevara; se llegó a recogerlo cuando ya se habían terminado.

Ella no se resignaba; tenía más títulos que otras para que a ella se le diera.

—¿No ve V. que a mí ya me han *tomao la media?* decía indignada al señor Alcalde.

CANILLAS DE ALBAIDAS

El día 12, antes del medio día, llegué a este pueblo.

Por la tarde, visité las escuelas; se confesaron los niños y por la noche prediqué en la función del mes de María, que estaban haciendo con mucha solemnidad. A la mañana siguiente confesiones, y después la misa de Comunión con plática. Comulgaron entre chicos y grandes, 70 personas.

CÓMPETA

A las 10 de la mañana salí para este pueblo. Esperaban en la Iglesia numerosas personas y los niños y niñas de las escuelas.

¡Qué dulces sonaban en los oídos del Misionero el «vamos niños al Sagrario», cantado por las argentinas voces de centenares de ellos!

Se tuvo día de retiro a las personas piadosas y se aprovechó la tarde para las confesiones de niños.

La función de la noche con mucha concurrencia. Las confesiones hasta después de media noche y por la mañana temprano, porque el tiempo urgía para poder tomar el tren a medio día, después de tres horas de camino.

Con mucho fervor se tuvo la misa de Comunión en la que comulgaron 200 personas aproximadamente y a las nueve y media salía en mi mulo con dirección a Torre del Mar.

De paso y sin detenerme envié un saludo afectuoso y agradecido a mi Sagrario de Sayalonga, y apretando la bestia llegué a Algarrobo, donde esperaba encontrar una diabla que ya tenía avisada para que me llevara a la estación.

No estaba allí. Un olvido del diablero me puso en el trance: 1.° de ir hasta la estación (7 kilómetros) medio corriendo en el mulo; 2.° de perder el tren por dos minutos, y 3.° de tener que ir en diabla hasta la Cala, donde tuve el gusto de dar con unos buenísimos pescadores, y el consuelo de que se bautizase un niño de dos años y medio, hijo de uno de estos.

La entrevista con esta gente de mar tuvo lugar en la... ¡taberna!... donde tomé un par de huevos.

¡Qué hacer!... si eran las cuatro de la tarde y no había tomado más que un vaso de leche bebido casi por telégrafo antes de salir de Cómpeta!...

En burro me llevó uno de estos pescadores a Totalán que era el último pueblo de este viaje.

TOTALÁN

Aquí estaban también las Marías de Málaga contrariadas y apenadas porque el que había ido a buscarme a la estación de La Cala se había vuelto sin haber podido cumplir el encargo.

Poco se pudo hacer aquí en una visita breve después de un viaje largo y laborioso.

Para mover a los de Totalán se necesitaba otra preparación mejor.

Nos tuvimos que conformar con 30 comuniones, de niñas la mayor parte.

El día 15 de Mayo, a mediodía, regresaba a Málaga en el tranvía del Palo.

De esta manera se puso fin a este viaje eucarístico con el cuerpo algo molido y el espíritu bastante confortado.»

Los Misioneros E. D. en el Seminario

Llevaban dos años de vida los Misioneros y el Corazón de Jesús, por medio de las circunstancias, dió a conocer la gran conveniencia de que Sacerdotes de tan bien templado espíritu, de generosidad tan apostólica y de celo tan estimulante se encargaran del Seminario diocesano, y en ese molde formaran al futuro clero, y al frente del cual siguen desde el año 20, sin más paga que el pan nuestro de cada día, sin más aspiración que ayudar a su Obispo a formar Sacerdotes cabales y sin más seguridad que la que dá el fiarse del Evangelio.

No por esto se han dejado las Misiones a los

pueblos, sino que por medio de los especialmente designados durante todo el año y aun por los encargados del Seminario en tiempo de vacaciones, se sigue trabajando por formar y conservar los grupos escogidos de los pueblos, los *pusillus grex*, en que se complazca y compense al Corazón de Jesús y con los que siempre y para todo cuenten los Párrocos.

....

Titulé la Instrucción Pastoral con que promulgué la Obra de los M. E. D. así: «Como se han de renovar con verdad nuestros pueblos por la acción eucarística».

Hoy, a los diez años de Obra y pese a los estragos de la enfermedad, de la muerte y del poco número, puedo, con el corazón rebosante de gratitud y el alma de esperanza, convertir el anuncio en futuro, en consoladora afirmación en presente: ¡Cómo se van renovando con verdad nuestros pueblos por la acción eucarística!

Bendito seas, Corazón de Jesús, por lo que has bendecido tu Obra y por lo que seguirás bendiciéndola. Multiplica los Misioneros de tu Eucaristía y yo te aseguro que la Diócesis entera estará pronto de rodillas delante de tus Sagrarios.

Cómo mueren los Misioneros E. D.

Ya que os he mostrado, aunque en rápida cinta cinematográfica, como viven estos apóstoles de la Eucaristía, debo deciros cómo mueren. Leed lo que

en el «Boletín Eclesiástico» de mi Diócesis, de Diciembre de 1927, escribía sobre la muerte, precisamente del autor de esas «Notas de viaje» que acabáis de leer:

"D. REMIGIO

El día 7, Víspera de la Inmaculada, recibo este telegrama urgente de Ronda:

«Padre Remigio falleció anoche repentinamente en Confesonario.—Párroco Villaluenga.»

¿Quién era el P. Remigio?

Don Remigio Jiménez Blázquez, natural de Macotera (Salamanca) era el primer Sacerdote que entró en la Obra de los Misioneros Eucarísticos Diocesanos hacía diez años, precisamente el día siguiente al de su muerte.

Su labor, como tal Misionero E. D., era visitar periódicamente los pueblos de la Diócesis por uno, dos o tres días y, mediante la predicación ascética, el confesonario, la visita de escuelas y Catequesis y las reuniones, ir formando y conservando grupos de almas de piedad eucarística y celo para reparar el abandono del Sagrario y servir de auxiliares a los Párrocos.

Estos Misioneros, que son Sacerdotes diocesanos, viven apostólicamente y sin votos ni paga; comen, visten y hacen sus viajes de lo que la Providencia da al Prelado para ellos.

¿Cómo ha muerto el P. Remigio?

Al terminar el día 9 en la Iglesia del Seminario los solemnes funerales por el alma de nuestro querido Don Remigio (Q. S. G. G.) decía yo a Profesores y alumnos, a Párrocos y amigos que asistieron, estas o parecidas palabras que quiero trasladar aquí para honor de nuestro muerto y enseñanza y consuelo de los que lo lloramos:

«.....Hace cuatro días en la Misa, que en este mismo altar celebrara, se despedía como tantas otras veces de nuestro Rey Jesús el infatigable y abnegado Misionero Eucarístico Diocesano Don Remigio.

Iba convaleciente de recientes achaques graves, pero olvidado como siempre de sí, contento, muy contento, porque volvía a las almas.

¿A lo más duro y frío de la Sierra con recios temporales de viento y agua? ¿A dormir quizás sobre bancos de sacristía en desmanteladas posadas, en inquietas tabernas? ¡Qué importa! ¡Hace tanto tiempo, me decía, que no se visitan aquellos apartados pueblos! Y allá se fué el *hambriento de las almas* a hartarse de ellas.

El mismo lunes 5, llegó por la tarde a Villaluenga, pueblo a unos 170 kilómetros de Málaga en lo más alto de la sierra, y esa misma noche comenzó su misión eucarística, predicando y sentándose en el confesonario.

El día 6, según la costumbre de nuestros Misioneros, muy de madrugada comenzó su tarea esperando a los penitentes en el confesonario, exhortándolos antes de la Comunión, visitando las escuelas de niños y niñas y al anochecer predicando de nuevo y terminando precisamente su sermón con estas palabras:

«Hermanos, estemos siempre preparados para la muerte, que vendrá cuando menos la esperemos.»

Del púlpito se va al confesonario, recibe la confesión de una mujer que se le acerca y, antes de darle la absolución, exhala un ronco quejido y..... queda muerto.....

....

Esta muerte de soldado en la brecha de ataque, de apóstol en pleno campo de su apostolado, de pastor bueno buscando ovejas perdidas, de siervo bueno y fiel, más que muerte es encuentro y abrazo cariñoso con el Capitán Jesús, con el Maestro de apóstoles, con el Pastor de pastores, con el Amo bueno que visita a su siervo para decirle: ¡Ea, soldado, misionero, pastor, siervo mío bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor!

¡Feliz mil veces, feliz el alma de nuestro D. Remigio que ha merecido recibir la visita del justo Juez del cielo en el trono de sus misericordias de la tierra, en el Confesonario! ¡Al Confesonario, en el que por el celo inagotable y las horas incontables de confesiones del misionero tantas almas extraviadas habían vuelto a encontrarse con Jesús; al Confesonario viene Jesús a buscar y a llevarse con El para siempre a su Misionero!

¡Gracias, gracias, Corazón bendito, por ese feliz

encuentro y feliz muerte con que has regalado a nuestro hermano!

Una queja

Pero, deja que del corazón de este pobre Pastor de tan pocos Sacerdotes y de tantas ovejas sin pastor, se escape una queja, no contra Ti, Señor, cuyas voluntades con rendimiento y por adelantado acato y bendigo, pero sí contigo.....

No hace aun tres semanas en lo alto de la fachada de esta Iglesia y en compañía de todos mis diocesanos te entronizábamos como Rey nuestro..... ¡Reina! te decíamos pueblo, clero y Obispos, ¡Reina! sobre tantos niños sin Catecismo, sobre tantas muchedumbres sin pastores, por medio de Sacerdotes-hostias que te den a conocer y amar.....

Escasos somos tus apóstoles, multiplica el fervor de nuestro espíritu y el número de nuestras filas. Danos, danos Sacerdotes-hostias..... ¡Y te lo decíamos tan de veras y con tanto ahinco!....

Y a los pocos días cierras para siempre la boca y paralizas las manos y los pies de uno de nuestros poquísimos misioneros, del que precisamente por su resistencia física, por su hambre de almas y trabajos por ellas, me hacía el servicio de diez, recorriendo sin cesar todos los pueblos y rincones de la Diócesis..... ¿no quieres que me queje, Rey nuestro? ¿No me permitirás que te dé el amén de mi conformidad mojado en lágrimas?

El consuelo

Después de todo, debo recordar que te pedíamos en aquel día imborrable que reinaras en mi Diócesis como *Rey Sembrador de Hostias* para que después reinaras como *Rey cosechador* de almas transformadas en Ti. Sí, sí, Rey Sembrador, ahora comprendo que Tú no nos ha quitado a nuestro Misionero, sino que, oyendo nuestros ruegos, lo *has sembrado* como hostia en el surco duro, agrio y frío abierto por sus silenciosos y no pagados trabajos por las almas.

Sí, que eso era nuestro D. Remigio, un Sacerdote imitador de la Hostia que cada día ofrecía y consumía; Sacerdote-Hostia por la pureza de su vida y de su doctrina, por la blandura, generosidad y delicadeza de su corazón disimuladas a veces en la envoltura adusta de su carácter castellano, por la prontitud en olvidar lo que le había molestado y ofendido, por su fineza y constancia en agradecer y corresponder, por sus desvelos en favor de todo necesitado, por la entrega sin condiciones a la voluntad de su Prelado....

En el inventario hecho por el Juez de Villaluenga de los bienes de que era portador a su muerte está la comprobación de esos caracteres del Sacerdote-hostia que os describo: «setenta y tantas pesetas que para el viaje le había dado nuestro Administrador, unas medallas y rosarios para los fieles que iba a misionar, un libro de rezo y de meditación para su alma y unas disciplinas y un cilicio (un arete de

alambres, dice el inventario) para su cuerpo.....»
Esa era la compañía y esa era la herencia de un Misionero eucarístico y de un Sacerdote-hostia.....

. . . .

Corazón Eucarístico de Jesús, Rey de mi Diócesis y de mis Sacerdotes y Seminaristas, yo te bendigo y doy gracias por la siembra que has hecho de nuestro Misionero, y ya que no podamos reprimir las lágrimas que el dolor de la ausencia nos arranca, dígnate regar con ellas el surco en donde lo has sembrado..... Sembrador divino, acelera la cosecha por tus tierras malagueñas, multiplica tus Misioneros..... y que el alma del que acabas de tomarnos éntre y viva eternamente en tu gozo.»

VIII

Un gran apóstol menudo

A modo de índice viviente y de comprobación práctica de cuantas artes apostólicas os llevo presentadas, quiero rematar con la biografía de un apóstol popular que todos los sevillanos conocimos con el nombre de

El Pae Pérez

Así llamábamos todas las generaciones de seminaristas que pasamos por el Seminario de Sevilla desde 1887 hasta la primera decena del presente siglo al R. P. Juan G. Pérez Pastor, que el 5 de Diciembre de 1922 entregó su preciosa alma a Dios, en el Oratorio de S. Felipe Neri, de dicha ciudad.

Y con ser tan común en estas tierras lo del *Pae Pérez*, estoy cierto de que, juntos, eran la apelación y la señal inconfundibles de este sacerdote de quien quiero contar a los amigos de apostolado y a mis seminaristas algo de lo mucho edificante que su vida tiene que contar.

Penitente suyo en mis primeros años de Seminario, su discípulo en algunas asignaturas de Humanidades, admirador y devoto de él toda mi vida de seminarista y de sacerdote, cumplo con un deber de gratitud a su memoria y creo hacer una obra de caridad esparciendo el buen olor de una vida llena, de sacerdote cabal, porque eso era mi *Pae Pérez*.

Apuradillo habría de verme si tratara de ajustar su biografía a los capítulos y medidas acostumbrados en ese género de literatura: Prosapia ilustre, figura esbelta, dotes brillantes de elocuencia, sabiduría, arte, cargos elevados y demás condecoraciones que suelen colgar del cuello o del pecho de los afortunados mortales que llegan al honor de la biografía.

La persona

Humildísimo de cuna, como nacido de unos sencillos huertanos de Mira Genil (Sevilla), y modestísimo toda su vida, nuestro biografiado ha pasado por el mundo sin hacer ruido; aprovechado en sus estudios sin llegar a lumbrera, ni alto ni bajo, de cuerpo flaco y de constitución enfermiza, fámulo del Seminario de Córdoba y después del de Sevilla, para poder costearse la pensión con su trabajo, adusto de cara y gracioso de palabra, rigidísimo consigo mismo en el apenas dormir, en el mal comer y en el pobre vestir, y blando y largo y generoso con los demás en dar su dinero, sus libros, su trabajo, su tiempo, su salud y todo lo que podía dar, envuelto unas veces en un chascarrillo oportuno, otras en una reprimenda de *dientes para fuera* y casi siempre en un texto de la Sda. Escritura o sentencia de Santos.

Por cierto que en eso de los textos era una verdadera notabilidad, no sólo por el número y la oportunidad con que los citaba, sino por lo graciosamente que los comprimía hasta el punto de que casi, casi no se le entendía más que la primera y

última palabra y a lo más alguna de en medio, ¡con tanta vehemencia los pronunciaba!

El distintivo

¿En qué se distinguió?

Mi P. Pérez no ha dejado escrito ningún libro, ni una triste hoja impresa, ni fundó obras sociales, ni fué Presidente de junta alguna, a excepción de la Unión Apostólica de Sacerdotes, ni se distinguió por cultivar con preferencia un campo de ciencia, de arte, de obras de celo, ni aún se permitió tener cosas. Aparentemente al menos era uno de tantos, y sin embargo, sobre este hombre, al parecer tan vulgar, ¡qué juicios tan encontrados se han hecho!

Revolviendo recuerdos ahora, me río... (por no ponerme serio) de acordarme de las cosas tan estupendas que, cuando yo muchacho, oía ¡entre gente buena! del P. Pérez.

¡Ignorante! ¡infeliz! ¡iluso! ¡beato! ¡místico! ¡adulador! ¡soplón! ¡soberbio! y ¡con qué encarnizamiento y tesón!

Yo creo que una de las razones que, aun siendo yo niño, me lo hicieron apreciar y tenerlo por persona importante fué el ver tan discutida y perseguida una persona tan insignificante al parecer.

Ya mayor, me he dado cuenta del mérito de esa vulgaridad y de la razón, o sinrazón, de aquellas antipatías.

El P. Pérez no tenía aspiración ni empeño en llegar a ser más que esto sólo: un Sacerdote. Aunque parezca raro, ese era su distintivo. Sacerdote

en su modo de ver sobrenaturalmente las cosas y los hombres; sacerdote en su vestir, hablar, pensar, querer, entusiasmarse y proceder en todo, alto o bajo, y con todos, grandes y chicos, clérigos y seglares.

Que no se fuera con razones humanas o con proposiciones espléndidas que no tuvieran relación con las almas para moverlo a hacer, o no hacer, para que aceptara o rehusara, para que concediera o negara. Esas razones ni las entendía ni las quería oir. *¡Era tan ignorante...! ¡tan soberbio...!*

¿Se le pedía un consejo, daba una explicación en clase, echaba un buen rato de amigos o un paseo de esparcimiento, hacía o recibía una visita, escribía una carta? Allí, sin dejarse atrás la sal andaluza, con que condimentaba su *arte de sacar partido*, aparecía al punto el Sacerdote, dando condimento cristiano y jugo sobrenatural a la palabra que daba y que recibía. *¡Era tan beato, tan místico...!*

Cambiaban los Prelados de Sevilla y se sucedían los superiores del Seminario y nuestro *Pae Pérez* seguía en su puesto, obedeciendo y queriendo a los nuevos, como a los viejos, puesto que para él todos eran representantes de Dios. *¡Era tan adulador...!*

Y como entre los deberes del sacerdote está el de la sinceridad y él lo era con los buenos, alentándolos a que lo fueran más y con los hipócritas, quitándoles la careta e invitándoles a herrar o quitar el banco. *¡El Pae Pérez era tan soplón y tan vengativo...!*

¡Cuántas veces le oí exclamar, después de ente-

rarse de alguno de esos ataques o piropos, con su invariable recurso de textos: *Ego autem Christi*, y *lo demás ¿qué me importa?*

¡Ser SOLO Sacerdote! ¡Qué hermosa ocupación y aspiración para un Sacerdote! ¡Y qué gloria ostentar ese solo distintivo ante Dios y ante los hombres!

El Secreto de su vida

Sin meterme en interioridades de su conciencia, porque no fuí su Director, y juzgando sólo por lo que tantas veces le ví practicar y le oí enseñar, creo no equivocarme en poner el secreto de la hermosa y fecunda vida sacerdotal del querido *Pae Pérez* en su extraordinario espíritu de oración y obediencia.

La oración y la obediencia a sus superiores jerárquicos, creo yo, que fueron los polos del eje en torno del cual giraba toda su actividad sacerdotal.

Espíritu de oración

Allá en el Seminario, cuando se perdía el *Pae Pérez*, ya sabíamos en donde encontrarlo: en la Capilla junto al Sagrario. El último que se acostaba (dudábamos si muchas noches lo haría) y el primero que se levantaba era él para tener más tiempo de acompañar a Jesús Sacramentado. Una de las impresiones más grabadas, que guardo en mi memoria de niño, es el susto que yo sentía allá en mi Seminario menor, cuando, al despertar a veces a media noche, veía pasar la sombra del *Pae Pérez* con una linter-

nita en la mano para no tropezar entre las camas del dormitorio y con alpargatas para no despertarnos al ruido de los pasos hacia el coro de la Iglesia. ¡Cómo me hacía taparme hasta la coronilla el miedo de la aparición!

Y sin duda que era hombre que todo lo llevaba a la oración y, de lo que de ella sacaba, luego predicaba, enseñaba y conversaba y en un estilo tan natural, llano y andaluz, con una unción que atraía, con unos donaires que hacían reir y unas llamadas al corazón que hacían llorar y temblar, con unas profundidades teológicas y escripturísticas entendidas hasta por los niños y con una substancia y doctrina a lo Beato Avila.

De mi afición a oir predicar al *Pae Pérez* aseguro que yo, que me he aburrido y aburro no pocas veces de oir oradores brillantes y de cumbre, quizás porque les echo de menos la sinceridad y la naturalidad, oyendo los sermones y pláticas y filípicas de aquel Sacerdote todo fuego de Sagrario y todo sinceridad de vida y de expresión, me quedaba con ganas de más.

Y no era sólo su palabra la que salía caldeada y abrasadora de su casi constante comunicación con Dios.

De ahí sacaba aquel temple de alma e igualdad de cara con que recibía agravios y calumnias, ingratitudes y torcidas interpretaciones y con que constantemente ejercía sus variadísimos *apostolados menudos* y sobre todo con que practicaba

Su obediencia

La obediencia le llevaba a no ocuparse ni preocuparse ni de su mañana, ni de su posición, ni de su fama.

Yo no he conocido Sacerdote que haya pasado por más cargos y más desiguales que él.

Lo mismo *subía* de Profesor del Seminario a Párroco de la Ciudad, que *bajaba* de este cargo a Capellán de monjas o Cura de aldea. Y subrayo el subía y bajaba por lo antisacerdotales que son esas expresiones.

Tanto debían contar sus Prelados y Superiores con su docilidad a toda prueba, que para cualquier remiendo de situaciones difíciles echaban mano de él.

Allá en el Seminario, recuerdo que lo mismo aparecía de Profesor de primero de Latín que de Perfección latina, de Matemáticas como de Retórica y Poética, Pastoral o Liturgia, de Director espiritual como de Administrador, Rector interino o de nada. Unos cursos nuestro *Pae Pérez* era Capellán del Beaterio más apartado de la Ciudad o de un Hospital, y otros Cura de la misma Ciudad, sin perjuicio de ser después Cura de pueblecillos pequeños; y era tan idéntico a sí mismo en todas esas alzas y bajas, y llevaba a todas partes su misma buena cara, sus mismos escasos, y, a fuerza de mudadas, desvencijados muebles, sus manos siempre abiertas, su palabra de fuego, su total olvido de sí mismo, sus largos ratos de Sagrario, que a nadie se le ocurría ver en él un postergado, ni a él

seguramente se le ocurría pensar en otra cosa que en hacer su negocio, el negocio de Jesús y de las almas en el cargo nuevo.

¡Qué bien practicaba su teoría, constantemente y en todos los tonos predicada, de que los cargos eclesiásticos no eran para los Clérigos, sino éstos para aquéllos, y unos y otros para servir a las almas; y la repulsión y mal ceño con que oía hablar entre los clérigos de hacer buena carrera, obtener ascensos y entrar en escalafones, y medir el gusto de la aceptación de los cargos eclesiásticos por la cantidad de rendimiento económico, de seguridades para la vejez....!

¡Cómo le brotaban textos y más textos condenatorios de ese lenguaje y de esos procederes, como el Quid prodest..? y Omnia arbitror ut stercora... sí, sí, stercora, stercora, repetía con énfasis, ut Christum lucrifaciam, y el Da mihi aminas, cetera tolle, etc. etc., mutilados o comprimidos en proporción a los grados de fervor y de tristeza con que le salían...!

El conocimiento tan sentido que de la finura del Corazón de Jesús le daba su oración ¡le hacía padecer tanto al verlo postergado por sus Sacerdotes al lucro o a los honorcillos!

Espíritu de oración y de obediencia de mi *Pae Pérez*, siémbrate y arraiga en mis Seminaristas y en todos los del mundo entero!

¡Hacen tanta falta y tanto bien los *Pae Pérez!*

Sus apostolados menudos

Cuantos se agolpan a los puntos de mi pluma tan

llenos de la sal del Evangelio, como de la de la tierra!

Cerraré estas líneas de homenaje al querido y ejemplar *Pae Pérez*, trasladando al papel algunas de sus cosas.

El anzuelo

¡Qué gracia me hizo ver, en una de las temporadas que le *tocó* de ser Cura en Sevilla, sobre su mesa de despacho una cajetilla empezada de cigarros y una cajilla de fósforos!

—¡*Pae Pérez!* ¿se ha tirado V. ya a los peligros? ¿Fuma V. ya?

Y, con aquel lenguaje tan pintoresco y lleno de figuras y textos, con que siempre hablaba, me responde riendo:

—¿Qué quieres, Manuel? hay que ponerle carne al anzuelo! ¡algunos tiburones de confesiones y líos de matrimonios se han pescado con esos *pitiyitos!*

—Bueno, ¿pero ese tabaco es para darlo sólo o para fumarlo V. también?

—Mira, tú sabes lo que yo aborrezco esa *pólvora*, pero algunas veces, te digo, que he llegado hasta a dar ¡una o dos *chupaítas!* ¡se ponen algunos tan pesados!

¡Las almas, hijo las almas! Después de todo, no hay ningún mandamiento de «No fumarás» y luego lo de S. Pablo: Quis infirmatur et ego.... quis.... et ego non uror?

Si el Santo se hubiera dejado quemar por un

alma, ¿cuánto más nosotros dejar quemar un pitillo y mil pitillos?

Y mira, ¡que me da un asco de la *dinamita* esa!

Hay que ganarse el requiescat in pace

Hablando a los Sacerdotes de la Unión Apostólica, que era sin duda su Obra más querida, les daba esta última y suprema razón de laboriosidad apostólica:

—Sí, hay que trabajar ahora y luego, hoy y mañana y pasado mañana; con ganas y sin ellas, porque lo quiere Dios, lo exige nuestro ministerio, lo necesitan las almas, impendam et superimpendam pro animabus vestris..... y, si no trabajamos, nos quedaremos sin comer, «qui altari deservit, de altare edat», y las gentes al vernos «tota die otiosi», nos despreciarán como chismes inútiles y nos entrarán la hipocondría y todas las cosas malas que vienen con la ociosidad y, depués de una vida tan sosa, nos moriremos apolillados, y ni la Iglesia podrá cantar delante de nuestra sepultura el Requiescat in pace..... ¿de qué, vamos a descansar si nos hemos muerto sin cansarnos.....?

Hermanos, ¡hay que ganarse el Requiescat in pace!.....

A lo que llega el celo

Me invitó el *Pae Pérez*, siendo yo seminarista, a pasar una temporada en un pueblecito, adonde lo habían mandado de Cura durante las vacaciones de verano, «porque, me escribía, como tengo tan

mala oreja, quisiera que enseñaras a este bendito sochantre el canto del Asperges, cosa que dice que en su vida ha podido cantar, y a los niños de mi Catecismo unas coplitas que les están haciendo mucha falta....» Allá fuí y, cuando rendido de calor, que lo hacía bueno, y del viaje de todo el día empezaba a saborear el sueño....., unos porrazos formidables, dados en mi ventana, que daba a la calle, me despertaron atolondrado.

—¿Qué pasa? ¿quién es?

—¡Pae Cura! ¡Pae Cura!

Sin duda, me dije, buscan la Extremaunción para algún enfermo.

—Ya va, respondí yo, ¿en dónde vive? ¿Está muy grave?

Nadie me respondía; y mientras los aporreadores charlaban, bromeaban, canturreaban, el cerrojo de nuestra puerta, suavemente descorrido, deja pasar sin duda al *Pae Pérez*, se oye un cambio de saludos de ¡Muchachos! y ¡Pae Cura! y, perdiéndose todos los ruidos a lo largo de la calle, dan las dos de la noche.....

—*Pae Pérez*, le decía yo bromeando a la mañana siguiente, ¿en dónde fué la fiesta anoche? ¿cuántas copitas cayeron?

—¡Pobrecillos! ¡pobrecillos!

No satisfecho con esta repuesta, pude satisfacer mi curiosidad, gracias al mal humor del padre del *Pae Pérez*.

—En todas partes y en todos los cargos del mundo, me decía el buen viejo, hay horas para cada

cosa; pero para este hijo mío todas las horas son buenas para que lo jeringuen.

¡Cuidado con la invención de ahora de casar a media noche! ¿en dónde se ha visto eso? el uno, porque está amancebado y le da vergüenza y el otro, porque es viudo y le tiene miedo a las cencerradas; éste, porque no tiene traje nuevo para lucirlo en la Iglesia; aquél porque no quiere perder el jornal y cada uno por su estilo prefieren rebujarse a casarse como Dios manda, y al bueno de mi hijo se le ha ocurrido que todo eso se arregla casándolos a media noche o de madrugada y aquí nos tiene en vela, como un sereno, siempre que se les ocurre a estos novios; y todo lo que se le ocurre responder a los cargos que le hago yo, como su padre que soy, de que se va a matar es que: ¡Pobrecillas las almas! ¡las almas!

Un consejo

—Hijos míos, decía a sus Seminaristas, sabed que se va al cielo más seguro de cobrador de tranvías a gusto, que de sacerdote a disgusto y sin vocación......

El Pae Pérez en el Oratorio

Después de entregar la dirección espiritual del Seminario a los PP. Josefinos, nuestro P. Pérez entró en el Oratorio de S. Felipe, de Sevilla, en donde su gran espíritu, luchando con la enfermedad o mejor dicho, con el agotamiento físico, no ha dejado ministerio de gloria de Dios por atender

ni servicio de almas por prestar dentro y fuera de su Iglesia.

Grabada se ha quedado en mi retina la figura del querido Padre la última vez que lo visité en Sevilla: arrastrándose, más que andando, borrosa la palabra y medio apagada la luz de sus ojos, todavía porfiaba porque le dejaran trabajar acudiendo a sus ministerios ordinarios.

Y así, en el mismo silencio en que había vivido, con la misma pobreza que nació, con la paz de los santos Sacerdotes retratada en su cara y rodeado de la veneración y de las lágrimas de sus Hermanos de Oratorio, la Virgen su Madre en el mes de su Concepción Inmaculada lo tomó de la mano y se lo llevó al descanso y al gozo de su Señor.

¡Qué bien se había ganado el *Pae Pérez* su *Requiescat in pace*.

Amén, Amén.

APÉNDICE

La mejor corona para un Apóstol muerto

Como la muerte es el eco de la vida, quiero cerrar estas páginas transcribiéndoos la que escribí en mi Boletín oficial dando cuenta de la preciosa muerte de uno de mis más queridos Sacerdotes, de vida ejemplar y celo apostólico:

«La pena, la gran pena de que ha llenado mi cora-

zón la muerte de uno de los mejores Curas de mi Diócesis ¡tan escasa de Sacerdotes!, del queridísimo Cura de los Santos Mártires de Málaga, Don Manuel Domínguez Naranjo, ha sido mitigada por un gran consuelo.

Este gran consuelo me lo han proporcionado las lágrimas que he visto derramar a sus feligreses y a muchos Sacerdotes ante el cadáver del que con voz dolida llamaban los unos ¡padre! y los otros ¡hermano!

¡Padre! ¡Que bien sentaba ese nombre al Cura de los Mártires y con cuanta justicia se lo daban sus feligreses y se lo había ganado él!

El era el primero en entrar muy de mañana en su Parroquia a hacer su oración y esperar a los penitentes y el último en salir de ella; el asiduo predicador del Evangelio, catequista de adultos y niños y visitador de todas las escuelas de su feligresía; la mano siempre abierta para dar y nunca cerrada para guardar; los pies siempre ligeros para visitar enfermos y pobres; la cara siempre serena y siempre apacible para recibir a todos; el corazón rebosando celo ingenioso para buscar nuevos modos de hacer bien a sus ovejas, y docilidad afectuosa para con su Prelado y Superiores.....

¡Aún parece que siento en mi cara el calor del abrazo y del beso con que se despidió de mí el día antes de su muerte, después de confiarme sus últimos apuros y encargos!....

¡Cómo me consolaba ver reconocida y agradecida la obra del Cura bueno difunto en aquella pala-

bra ¡padre! dicha más con el corazón que con la boca de los apenados feligreses.

....

¡Hermano! Esa era la palabra de los Sacerdotes que también lloraban al muerto.

Sacerdotes jóvenes los unos que a él debían desde su venida al Seminario y la guía de sus primeros pasos de niño hasta su dirección espiritual, su ayuda siempre generosa, y su cariño de hermano, elevados ya al Sacerdocio; Coadjutores o compañeros los otros que siempre contaron con su lealtad, su desprendimiento y su bondad inagotable.

....

Aquellas lágrimas brotadas de un dolor tan justo, de una gratitud tan ganada, de unos sentimientos tan delicados, más que gotas de un líquido que se evapora parecíame verlas cuajarse en perlas preciosas para una corona..... ¡la corona con que aun en la tierra ciñe Dios las sienes de sus buenos Sacerdotes.

¡Hic est Sacerdos quem coronavit Dominus!»

Apóstoles de sotana, levita, blusa o faldas, si lo sois *como Dios manda*, contad seguros con que vuestra corona de espinas, de persecuciones, de malos y de buenos, de fracasos y calumnias, de cansancios y despojos de la tierra, se trocará en corona de flores inmarcesibles en el cielo y por añadidura y en definitiva aún en la tierra...

INDICE
